



EL FATAL PASO
ENTRE LOS
ÁRBOLES
JOSÉ VALERO

Una trepidante

intriga de ciencia ficción

**El fatal paso
entre los árboles**

José Valero

©José Valero Cuadra, 2012

Todos los derechos reservados.

Registro de la propiedad intelectual en trámite
(expediente A-48-12).

Era un día inusualmente caluroso de otoño. Las hojas, ya amarillentas, caían lentamente desde las ramas de los gigantescos árboles, mecidas por una ligera y agradable brisa. El bosque estaba cubierto por una mullida alfombra de hojarasca y ramas partidas, que en ese momento nosotros mancillábamos al pisotearlas sin ningún escrúpulo. Una ardilla trepó con rapidez por el tronco de una encina, sin duda en busca de alguna bellota que llevarse a la boca. Se detuvo un instante, nos miró desconcertada y se perdió en la frondosa espesura, lejos de miradas inoportunas.

Era un día radiante para mí, un día singular, fantástico. Mi vida había cambiado en el último mes. Pero lo más importante y sorprendente era, sin duda, que yo había cambiado, radicalmente y sin remisión, al igual que una larva se transforma en crisálida. Este era un suceso totalmente inverosímil, de los que podemos calificar de prácticamente imposibles. En realidad, nadie creía que fuera cierto, ni mis más íntimos amigos. Lo consideraban un respiro en mi habitual vida bohemia, y nada más. Yo mismo, he de admitirlo, no lo había asimilado del todo. Algunas noches había tenido pesadillas en las que volvía a las andadas, me emborrachaba hasta perder el sentido, llegaba tarde al trabajo, ojeroso y con resaca. Me despertaba sobresaltado en el momento en que el jefe me comunicaba que me fuera buscando otro trabajo, que ya habían aguantado más de lo razonable (un despido totalmente procedente y razonable, por supuesto). ¡Cuántas veces me había ocurrido en mis treinta y cinco años de vida!

Pero todo eso había pasado a la historia definitivamente. Se acabaron las juergas nocturnas, las drogas de diseño y el alcohol sin control, se acabaron los clubes de alterne, los trabajos de tres semanas de duración, las broncas del jefe y los despidos. Se acabó la vida disoluta y desordenada, el estar sin blanca y pedir dinero prestado a los amigos (algunos, claro está, ya habían dejado de serlo). Se terminaron los sermones de mi padre y las lágrimas de mi madre. Todo eso era agua pasada.

El silencio sepulcral me llenaba de paz y tranquilidad. Solo el crujido de nuestras pisadas y los leves movimientos de las ramas al compás del viento

producían algunas ondas sonoras. Cogidos de la mano, María y yo paseábamos sin rumbo fijo entre árboles centenarios. Ella había sido uno de los artífices de mi transformación en una persona responsable, aunque otros factores también habían influido.

Nos habíamos visto por primera vez en agosto. Apoyado sobre el codo en la barra del pub de turno, degustando el quinto o sexto whisky de la noche, me fijé en ella: una chica alta (debe medir unos cinco centímetros más que yo, y no soy bajito), pelirroja, vestida con una minifalda blanca plisada, una camiseta de tirantes ajustada, que dejaba su ombligo al descubierto, y unos zapatos de tacón bajo. Bailaba frenéticamente al ritmo de una de las canciones de moda del verano, junto con tres o cuatro amigas. Mientras se contoneaba al son del pegadizo estribillo, iluminada alternativamente por haces de luz verde y roja, estimé que debía tener una edad entre veinte y veinticinco años (en lo que acerté plenamente). Comprobé que tenía en el bolsillo dinero suficiente para invitarla a algunas copas y decidí comenzar un ataque en toda regla. Algunas aves rapaces sobrevolaban peligrosamente el lugar, amenazando con arrebatarme la cándida (y ahí me equivocaba) presa.

Desinhibido totalmente bajo el efecto del alcohol, me acerqué a ella de manera algo descarada, susurrándole algo al oído (que ahora no recuerdo bien). La bofetada que recibí mi mejilla derecha me hizo tambalearme ligeramente. Desistí en mi empeño. Nunca he sido un pesado, esa es una de mis virtudes. Y así acabó nuestro primer encuentro, como el rosario de la aurora.

Los rayos de luz iban languideciendo lentamente a medida que el astro rey se ocultaba tras el horizonte. Apenas algunos débiles haces agonizantes se filtraban entre los árboles, proporcionando las últimas dosis de calor de aquella magnífica tarde. Comenzaba a refrescar, y se nos había puesto piel de gallina, por lo que nos pusimos las rebecas de lana. María se soltó de mi mano y se adelantó dos pasos, invitándome a que hiciéramos una carrera hasta la salida del bosque. Era una buena manera de entrar en calor, desde luego. Sin embargo, yo hacía demasiado poco tiempo que había comenzado mi nueva vida, y pronto sentí que los pulmones me quemaban. Resoplando, me detuve jadeante en un recodo del sendero. Decidí tomar un atajo saliéndome del camino. Era la única forma de prestar algo de resistencia.

Recorrí a paso ligero la distancia que me separaba del final del camino. Tuve que sortear algunas gruesas raíces y pisotear algunas setas.

Trastabillé en un par de ocasiones, en las que estuve a punto de caerme de bruces, pero finalmente conseguí mi objetivo. Por el rabillo del ojo veía cómo María trotaba con facilidad por la senda. De vez en cuando miraba hacia atrás buscándome, aunque lógicamente no podía verme. Tenía delante de mí dos pinos, altos como torres, situados en paralelo en el linde del camino, que formaban una especie de línea de meta. Esperé unos segundos a que María torciera en la curva y entonces me planté de un salto delante de mi desprevenida novia.

O eso pensaba yo. Esperaba que fuera a parar a mis brazos empujada por la inercia, pero no había ni rastro de ella. Me había esquivado con gran habilidad, tenía que admitirlo. Me dirigí andando hacia la salida del bosque, donde suponía que ella me estaría esperando victoriosa.

El tiempo había cambiado súbitamente. Sentí cómo la piel se me erizaba de frío, aun con la rebeca puesta. El viento agitaba con vehemencia las copas de los árboles, cuyas ramas se mecían sin cesar, aferradas al grueso tronco, y se veían incapaces de retener las hojas. Miles de ellas volaban por el aire, formando remolinos y golpeándome en la cara. Negros nubarrones cubrían el cielo, dispuestos a descargar litros de agua sin piedad. Solo una tenue claridad me permitía orientarme por el sendero.

Mientras caminaba lentamente con la respiración entrecortada y aterido de frío, recordaba los maravillosos cambios del último mes. Septiembre fue un mes clave. Todo comenzó con unos ligeros dolores en la parte derecha del abdomen, cierto malestar y fatiga continua. Muy mal debía encontrarme para que me decidiera a visitar al médico.

—No tienes nada grave de momento —me dijo—, pero debes plantearte el cambiar tu ritmo de vida ahora que todavía estás a tiempo: reducir drásticamente el consumo de alcohol y tabaco, eliminar las drogas, dormir ocho horas diarias, llevar una rutina saludable, en definitiva. Tu cara tiene un aspecto que inspira lástima. ¿Te has mirado al espejo?

Nos conocíamos desde hacía unos años, y un tiempo atrás ya me había dicho algo similar, aunque entonces era más joven y gozaba de una inmejorable salud. Sin embargo, el cuerpo esta vez me pedía que le hiciera caso.

—Mi problema es encontrar un trabajo que realmente me guste. He sido camarero, dependiente, he hecho chapucillas de fontanería y electricidad, y algunas otras cosas, pero ninguna de esas actividades me llenan. Cuando

acabo mi jornada laboral, solo me apetece ir al bar. Y luego todo se lía. Bueno, ya sabes...

Me miró incrédulo y con desaprobación.

–¿Y qué trabajo es el que te gusta? –Había algo de ironía en su voz.

–Me da igual que me creas o no –dije a la defensiva–. Mi sueño siempre ha sido ser cronista en un periódico. –Enarcó las cejas–. Estudié tres años la carrera de periodismo, aunque abandoné los estudios. Mis notas no eran brillantes, y mi padre me cortó el grifo. Si tuviera un trabajo así, mandarí­a el alcohol y toda la demás mierda al garete.

Se rascó el cogote y meditó algunos segundos.

–Casi me has convencido. –Su cabeza se balanceaba a derecha e izquierda de forma mareante–. Creo que puedo ayudarte. Conozco al redactor jefe de un diario local. Si me prometes que cumplirás tu promesa, puedo recomendarte.

Dicho y hecho. Dos semanas más tarde comencé a trabajar en el periódico, escribiendo las crónicas de los partidos del equipo de fútbol de la localidad, que jugaba en tercera división. Con una ilusión bárbara, de la noche a la mañana me convertí en un ciudadano ejemplar. Cumplía con mi horario a rajatabla, incluso hacía horas extra gratis para perfeccionar mis redacciones, en las que me esmeraba más de la cuenta. Al fin y al cabo, solo eran crónicas deportivas de poca monta, no artículos literarios. Dejé de consumir tabaco y droga. Solo me fumaba algún cigarrillo de vez en cuando. ¡Ni siquiera salía los fines de semana! Encerrado en casa, me dedicaba a leer periódicos y más periódicos.

El redactor jefe, que me había contratado renuente, me comenzó a valorar positivamente. A finales de septiembre me encargó un trabajo más importante, señal de que depositaba cierta confianza en mí. El inicio del curso en la universidad estaba en peligro debido a la amenaza de una huelga estudiantil. Yo debía entrevistar a algunos estudiantes, en especial a los cabecillas. Y fue entonces cuando volví a encontrarme con María.

Miles de estudiantes se arremolinaban alrededor del Rectorado, enarbolando pancartas y pastines. Gritaban, cantaban y daban palmas continuamente. El ruido era ensordecedor. Me introduje en aquel inmenso hormiguero para tratar de llegar a la puerta del edificio. Al fin, tras cuarenta minutos de sufrimiento, lo conseguí, si bien me llevé de regalo algún que otro codazo y varios rasguños en el cuerpo.

En la escalinata de entrada cinco estudiantes estaban sentados en fila, con las piernas y los brazos cruzados. Parecían esperar el inicio de un extraño ritual. Y allí estaba ella. La reconocí al instante. Las huellas dactilares de sus dedos habían quedado grabados de forma indeleble en mi mejilla.

Hubiera sido completamente absurdo pensar que ella pudiera acordarse de mí, ya que no fui más que un fugaz moscardón despechado de medianoche. Así que me lancé a hacerle preguntas sobre los motivos de aquella huelga, a las que respondió durante unos quince minutos muy seria y segura de sí misma. A duras penas conseguía oír las respuestas entre el griterío vociferante del ejército de hormigas que nos rodeaba y el silbido del fuerte viento que se había levantado, y que provocaba un molesto golpeteo en las puertas de entrada. Así que concerté una cita con ella en la redacción para continuar nuestra charla, prometiéndole que la noticia aparecería en primera página del diario (algo que pude cumplir, para mi grata sorpresa).

Tras la primera entrevista siguió una segunda y, después, una tercera. Así, de manera casi imperceptible para mí, me fui enamorando de ella. Y, algo más sorprendente si cabe, ella de mí. Dejé que aquella poderosa sensación me dominara, lo que reflejaba claramente que mi nueva vida había triunfado. Meses atrás hubiera abortado la relación inmediatamente, evitando cualquier tipo de relación estable: no deseaba bajo ningún concepto ninguna atadura ni compromiso.

Pronto conocí a su familia. Su padre me daba la mano envarado y muy serio cada vez que nos veíamos. Tenía profundos celos sobre mí, de lo que no le culpó. Su hija y yo representábamos dos polos opuestos. Ella era una brillante estudiante de tercero de ingeniería industrial, una chica responsable que se divertía los fines de semana con moderación y que participaba en movimientos estudiantiles de forma activa. Yo, en cambio, había sido (hasta mi metamorfosis) un cabeza loca cuyos trabajos duraban menos que un parpadeo. Sin embargo, en mi recientemente creada disposición de ánimo, el sentido de la responsabilidad fluía de María hacia mí al igual que el calor lo hace de un cuerpo caliente a uno frío.

Mis gratos recuerdos se diluyeron en mi mente cuando comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Aceleré el paso por el camino, adentrándome otra vez en el bosque. Llegué al recodo donde vi a María por última vez, pero no había ni rastro de ella. Comencé a asustarme. ¿Qué podría haberle ocurrido? Desde luego, si aquello era una broma no tenía ni pizca de

gracia. Grité su nombre hasta quedarme afónico y con la garganta enrojecida. La única respuesta a mis alaridos era un creciente murmullo de ramas y hojas en continuo movimiento que colisionaban entre sí. El corazón comenzó a palpitarme aceleradamente, y mis intentos por tranquilizarme resultaron vanos.

Los árboles, que antes habían sido cómplices de dos amantes enamorados, y que habían formado cúpulas protectoras sobre nuestras cabezas, ahora me parecían ominosos y amenazadores, como si fueran peligrosos conspiradores que me pisaran los talones. Las hojas, que horas antes me habían parecido de seda, cuando nos habían proporcionado un improvisado lecho sobre el que hacer el amor, eran ásperas como papel de lija y punzantes como agujas. El murmullo del bosque, mis pisadas, el aullido del viento, que habían sonado a música celestial durante nuestro largo paseo, golpeaban mis oídos formando una cacofonía terrorífica.

Llegué al lugar en el que me había separado de María al iniciar la infausta carrera. Aquel sitio me parecía distinto, como si no hubiera estado allí hacía unos minutos. No había ningún rastro de nuestra presencia, ni siquiera pisadas. De repente, el pánico me dominó por completo. Comencé a correr por el camino, volviendo sobre mis pasos. Mi reacción era comparable a la de alguien a quien le cayeran gotas de ácido abrasivo del cielo.

En mi irracional huida tuve un traspiés y caí al suelo de bruces, con tan mala fortuna que mi nariz se golpeó con fuerza contra una roca, provocándome una intensa hemorragia. No pude evitar que algunas gotas gruesas salpicaran mi antaño blanca e inmaculada camisa, y que a estas alturas tenía ya varias manchas de polvo, barro y sudor.

Conseguí tranquilizarme y convencerme de que todo se iba a arreglar. Seguramente María se había perdido en el bosque y había regresado por otro camino. Me estaría esperando en el coche. Era la explicación más lógica. Ya más relajado, deshice el camino andado hasta llegar al claro entre los árboles en el que presumiblemente debía estar aparcado nuestro vehículo. ¡También había desaparecido! En su lugar solo encontré varias piedras chamuscadas formando un círculo y con una capa de cenizas aún humeantes en su interior. Millones de ideas absurdas cruzaban mi mente. ¿Se había largado dejándome allí? No, cómo podía pensar tal cosa. ¿Había sido secuestrada usando su propio coche? No, eso parecía totalmente descabellado. Debía de haberme equivocado yo de camino. Me había perdido en el bosque y había llegado a otro claro próximo. ¡Esa era una buena explicación! Al fin y al cabo, de noche

todos los gatos son pardos.

Durante una terrible hora busqué infructuosamente otro claro que me devolviera la ya perdida esperanza. La noche había introducido casi por completo sus negros tentáculos por entre los troncos hieráticos. Un oscuro telón se cerraba paulatinamente delante de mi retina, sumiéndome en la ceguera. Así que no tenía más remedio que abandonar mis inútiles pesquisas y volver a la carretera en busca de ayuda. Si no, solo conseguiría perderme en la espesura del bosque.

Los músculos de mis castigadas piernas comenzaron a dolerme tres horas después de comenzar mi marcha por el arcén en dirección a la ciudad. La temperatura había bajado varios grados más, por lo que sentía mucho frío. Además, con el cuerpo completamente empapado por la lluvia tenía todas las papeletas para agarrar una pulmonía. Tras la tormenta se abrió un claro entre las nubes que permitió a la luna asomar tímidamente su rostro. Sus débiles rayos me proporcionaron algo de claridad en aquella espantosa noche. Por lo menos podía evitar salirme de la carretera y hundir mis zapatos en el barro. La visión de la luna llena me produjo un súbito escalofrío. ¡Hubiera jurado que había luna nueva el día anterior! Pensé que todo era fruto de mi maltratada imaginación y seguí adelante.

Súbitamente, un silencio sepulcral se había hecho dueño del lugar. La lluvia cesó, el viento escapó con la misma celeridad con que había llegado, y solo el ulular de los búhos producía vibraciones en mis tímpanos.

El sonido del motor diesel me produjo el impacto de una revelación divina. Dos ojos amarillos venían a mi encuentro a gran velocidad. Decidido a no dejar escapar la oportunidad, me planté en medio de la carretera agitando los brazos con frenesí. El conductor del camión debió de notar mi presencia demasiado tarde, ya que, aunque pisó el freno a fondo, no consiguió detenerse a tiempo, pudiendo salvarme in extremis del fatal choque mediante un salto felino que me hizo rodar por el arcén y luego ir a parar a un inmundo charco infestado de ranas. El camión detuvo su marcha cincuenta metros más adelante. El olor a goma quemada impregnaba la atmósfera. El conductor, entre asustado y encolerizado, bajó de la cabina y se acercó a mí, sacando a continuación mi cabeza del fango.

—¿Está usted loco? Por poco me lo llevo por delante.

Aturdido, yo no conseguí articular palabra alguna.

—Venga conmigo. Lo llevaré al hospital.

Conseguí romper mi bloqueo y responder con cierta ansiedad en mi voz.

–No, no. No necesito ningún hospital, estoy bien. Le estaría agradecido si pudiera llevarme a la comisaría más cercana. Mi novia se ha perdido en el bosque. Tengo que encontrarla.

–De acuerdo –dijo tras pensar un rato–, pero límpiense toda esa porquería que tiene pegada. Me va a poner perdido el asiento.

Nos subimos al camión y viajamos durante media hora en un incómodo silencio, tan solo perturbado por esporádicos carraspeos de mi acompañante, quien parecía algo asustado y receloso, como si yo fuera a abalanzarme sobre él en cualquier momento y dejarle sin blanca y sin camión en el mejor de los casos.

Creo que respiró aliviado cuando me apeé del vehículo saltando a tierra desde el estribo y dándole repetidamente las gracias.

–Para eso estamos, amigo. Corra, corra. Espero que encuentre a su novia. Con este tiempo tormentoso debe darse prisa en rescatarla.

Tras estas palabras cerró la puerta y aceleró bruscamente, dejándome envuelto en una tóxica nube procedente del oxidado tubo de escape del camión.

Permanecí unos instantes sin moverme; se diría que estaba embriagado por el humo, que tardó un tiempo en disiparse. El tétrico aullido del viento gélido me hizo despertar de mi ensoñación, y me dirigí presto a la entrada de una vieja casa de una planta, cuyas paredes estaban en parte desconchadas y en parte recubiertas de multitud de graffiti que nadie parecía dispuesto a borrar. Un pequeño rótulo que informaba de que allí se encontraba un puesto de la policía local pendía a duras penas y en ángulo oblicuo sobre la puerta.

Llamé a la puerta golpeándola con los nudillos, dado que no fui capaz de encontrar ningún timbre ni interfono. Ante la falta de respuesta giré la manilla y abrí la puerta, que chirrió sonoramente sobre sus goznes. Desde luego, no necesitaban disponer de campanillas que los avisaran de los visitantes.

Penetré en una fría y poco acogedora estancia donde reinaba un absoluto desorden. Las mesas estaban abarrotadas de pilas de papeles, algunos de los cuales habían caído al suelo sin que nadie se molestara en recogerlos. Periódicamente una gruesa gota procedente del permeable techo caía a un metro de la entrada, por lo que era necesario esquivar un amplio

charco que crecía inexorablemente. El habitáculo estaba sumido en penumbra. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, y solo una débil bombilla que colgaba de un cable impedía que la oscuridad se adueñara del lugar, que, lejos de proporcionarme esperanzas, me transmitió una desagradable sensación de abandono e impotencia.

Me armé de valor y conseguí traspasar el vestíbulo sin mojarme los pies. Enfrente de mí, sentado en una butaca tapizada en terciopelo rojo ya ajado por el paso del tiempo, un individuo larguirucho, de tez pálida y magras mejillas, con el pelo moreno cortado a cepillo, y embutido en una chaqueta azul en la que brillaba una insignia dorada, rellenaba sin levantar la cabeza unos formularios que iba cogiendo de una de las muchas pilas de hojas que amurallaban su escritorio. Al fondo de la estancia una chica joven de pelo violáceo recogido en una larga coleta tecleaba de forma indolente y con cara de disgusto ante la pantalla de un ordenador. Ninguno de los dos pareció notar mi presencia.

Al cabo de un rato el funcionario levantó su vista y me miró con sorpresa, como si acabara de darse cuenta de que estaba esperando.

—¿Deseaba usted algo? —preguntó con voz ronca y sin ofrecerme siquiera una silla para sentarme. Mientras, continuaba escribiendo de forma mecánica sin mirar la hoja—. Llega en mal momento, amigo. Estamos de trabajo hasta el cuello.

Tuve la desagradable sensación de que esperaba que diera media vuelta y me largara sin más.

—Necesito su ayuda. Estoy en un gran apuro. —El policía torció el rictus, contrariado, al tiempo que echaba una ojeada a su reloj de pulsera. Se diría que lo había cazado unos minutos antes del cambio de turno—. Mi novia se ha extraviado en el bosque. La he buscado, pero sin ningún resultado.

Resopló ostensiblemente, mostrando así su desagrado por mi visita.

—Hace un tiempo de mil diablos, ¿sabe usted? Deberían ser más responsables y quedarse en casita en lugar de pasear por el bosque. ¡Sandra! —gritó—. Tómale los datos a este señor. Vamos a hacer una batida por los alrededores.

La chica tardó veinte interminables minutos en rellenar, con desesperante pachorra, el informe de mi denuncia. Mientras yo me comía los nudillos dominado por la impaciencia y el miedo, el policía despertó a un colega que dormía plácidamente en un camastro situado tras un biombo.

Huelga decir que su reacción no fue precisamente halagüeña. El individuo se incorporó lentamente al tiempo que bostezaba y se desperezaba. Era un hombre fornido, de mediana estatura, cuyo tupido y grisáceo bigote reflejaba el inexorable paso de los años. Le costó algo de trabajo incorporarse, ya que, sin ser grueso, una nada despreciable barriga cervecera alteraba su centro de gravedad.

—En marcha —dijo con voz potente e imperativa.

Los dos policías se pusieron sendas chaquetas de color azul y se enfundaron las gorras. Debo decir que, a pesar del poco cordial recibimiento, tuvieron la cortesía de prestarme un raído jersey de lana (mi rebeca estaba empapada) y un chubasquero con el que protegerme de la lluvia, que caía de nuevo con intensidad.

Iluminados por la tenue luz lunar, cuya presencia me seguía produciendo una constante congoja, y por dos potentes conos de luz que surgían de las bocas de sendas linternas, recorrimos con suma lentitud y tomando muchas precauciones los múltiples senderos que serpenteaban por los intrincados vericuetos del bosque. Mis guías inspeccionaban con meticulosidad y gran profesionalidad cada palmo de terreno en busca de huellas o de algún trozo de tela atrapado entre los zarzales que nos pudiera proporcionar alguna pista. Sus esfuerzos resultaron, sin embargo, inútiles e infructuosos. No había ningún rastro, ninguna señal que nos ayudara.

Tres horas más tarde regresamos al punto de partida, al fatídico lugar donde María había desaparecido como por arte de magia. En mi estado de total abatimiento y desconsuelo no notaba las gotas de lluvia que el fuerte viento impulsaba a ráfagas sobre mi rostro.

—¿Y dice usted que fue aquí donde desapareció?

Asentí.

—Estábamos concluyendo una carrera. Ella me llevaba ventaja, así que decidí tomar un atajo antes de tomar la curva. Entonces perdí contacto visual con ella debido a la frondosidad del bosque. Cuando traspasé el umbral creado por estos dos árboles, ya no estaba.

—Y no oyó nada. Ningún grito, ninguna pisada —dijo el policía barrigudo.

—Nada. Solo el susurro de las hojas y el viento.

—Es muy extraño. Vayamos al claro donde estaba aparcado el coche.

Aquel tramo de terreno se encontraba muy embarrado por la

persistente lluvia que seguía cayendo, y nos costó bastante tiempo recorrer los doscientos metros que nos separaban del calvero. Tenía los pies tan fríos y húmedos que caminar me resultaba doloroso. Una densa pátina de lodo cubría gran parte de mis zapatos y calcetines hasta la altura de los tobillos.

El cono de luz iluminó el círculo de piedras que contenía las ya apagadas cenizas. El policía larguirucho se agachó para inspeccionar los restos de la hoguera.

—¿Y dice que su coche se encontraba aparcado justo aquí?

—Sí, me acuerdo perfectamente —respondí.

—Bueno, a todos nos juega malas pasadas nuestra memoria. ¿Está seguro?

—Completamente.

—¿Y no se ha equivocado de calvero?

—No, seguro. Eso fue lo que pensé al principio. Después de desaparecer María busqué otro claro por espacio de un hora, pero no hay ninguno más en los alrededores. Tiene que ser este.

No veía bien su rostro en la oscuridad, pero creo que me miró con extrañeza.

—Verá —me dijo—, hay muchos datos contradictorios. En primer lugar, puede ver que no hay huellas de ruedas en este lugar. Podemos dar a esto una explicación racional: o bien alguien ha tenido la precaución de borrarlas, o bien ha sido la lluvia. Sin embargo, le puedo asegurar que estas piedras llevan aquí muchos meses. Es un lugar frecuentado por los excursionistas para instalar sus barbacoas. Sin ir más lejos, la semana pasada tuvimos que multar a un grupo de imprudentes. Faltó poco para que provocaran un incendio.

Yo me había quedado mudo.

—Es muy poco probable que alguien se tomara la molestia de apartar estas pesadas piedras y volverlas a colocar después, ¿no cree?

No podía creer lo que me estaba ocurriendo. ¡Pensaban que mi historia era un bulo! Sentí que mi estómago se encogía.

De pronto sonó la alarma de un teléfono móvil. El policía barrigudo respondió la llamada con presteza. Durante unos minutos escuchó lo que le decían respondiendo con esporádicos monosílabos. Cuando colgó, se acercó a mí con cara de pocos amigos.

—Vamos a ver si nos aclaramos —me espetó con brusquedad—. El coche desaparecido es propiedad del padre de su novia y tiene matrícula 3476-DFV,

¿correcto?

–Sí –respondí con la voz quebrada.

–Lo han localizado. –Hizo una interminable pausa de varios segundos–. Su propietario afirma que no ha salido del garaje en todo el día. – Mi corazón me dio un vuelco–. ¿Puede darme una explicación lógica, aparte de que se está burlando de las fuerzas del orden?

–Les he contado la verdad –dije sin convicción.

–No se crea que nos chupamos el dedo –me recriminó–. Me acaban de comunicar que tiene usted unos antecedentes muy poco recomendables. Ya ha dormitado varias noches en nuestras celdas por provocar desórdenes públicos en estado de embriaguez.

–¡Por Dios! –estallé–. Eso forma parte de mi pasado. Me he rehabilitado, créanme.

–Eso son solo palabras. Los hechos no mienten y dicen todo lo contrario. Volvamos al cuartelillo.

Sentado en el asiento trasero del vehículo policial contemplaba impotente cómo se esfumaban mis débiles esperanzas de encontrar a María. Pensé que, quizá, los rescoldos ya apagados de la fatídica hoguera eran un mal presagio para mí. El viento aullaba con fuerza y empujaba violentamente las gruesas gotas de lluvia contra el cristal. Era una noche desapacible y ominosa, una noche infernal para mí.

La chica de la coleta violeta pareció contrariada al vernos regresar tan pronto, aunque disimuló rápidamente su turbación y continuó tecleando sobre el teclado indolentemente. El hombre barrigudo desapareció de nuevo tras el biombo mientras el larguirucho volvía a ocupar su asiento tras la sólida fortaleza de formularios.

–Espere un momento. Tengo que cumplir con las formalidades legales.

Durante media hora se dedicó a rellenar impresos que seguramente nada tenían que ver conmigo. Yo me distraía de mis preocupaciones observando el lento crecimiento del charco de la entrada. Finalmente, se levantó y se acercó a la chica. Esta agarró el auricular del teléfono y marcó un número. Yo no podía entender lo que decía, pero percibí una gran tensión en su cara, muy desfavorecida por la curva descendente de sus labios y los pliegues de su ceño fruncido. Un minuto más tarde le pasó el auricular al hombre, que por espacio de varios minutos conversó al tiempo que me miraba con cara de malas pulgas.

Cuando regresó a su castillo y se sentó delante de mí, tenía las mejillas arrojadas y el rostro contorsionado por una a duras penas contenida indignación.

—¿Sabe con quién acabo de hablar? —me preguntó con violencia en la voz.

Negué con la cabeza, confundido.

—Creo que sí lo sabe. Y si no, es que usted ha perdido el juicio.

—No entiendo...

—Ahora lo va a entender —me cortó—. He tenido una tensa conversación con el padre de su novia, que no me ha agradecido precisamente que le haya despertado a estas horas. ¿Sabe usted que es un hombre importante en el Ayuntamiento? Es el brazo derecho del alcalde.

Yo permanecía callado, esperando alguna noticia que me consolase.

—Y después he hablado con María.

Di un respingo de alegría.

—¿Entonces se encuentra bien y a salvo? —dije excitado.

—Por supuesto que sí. De hecho, no ha salido de su casa en todo el día. Ha estado ayudando a su padre a podar los setos del jardín.

—Eso no es posible.

—Y tanto que lo es. Además, dice que hace un año que no sabe nada de usted, que desapareció sin dejar rastro y lo creían muerto.

Me quedé mirándole con la boca abierta, totalmente desconcertado y aturdido.

—Debe de haber un error —balbucí—. Quizá, han llamado a otra persona.

Se levantó, súbitamente encolerizado.

—Estoy más que harto de sus tomaduras de pelo. Ya me ha hecho perder bastante el tiempo esta noche. Salga ahora mismo por esa puerta si no quiere que lo encierre en el calabozo.

No dudé ni un segundo en hacerle caso, así que me levanté dispuesto a marcharme. El rostro del policía se endureció.

—Con esas manchas de sangre y barro se podría pensar que ha asesinado a alguien en el bosque.

Di media vuelta y salí de la estancia sin darle la oportunidad de cambiar de idea.

Caminaba renqueante por la encharcada y lóbrega callejuela en la que vivía. Agotado y exhausto tanto física como anímicamente, ardía en deseos de tumbarme en la cama a descansar. Había tenido que andar durante al menos diez interminables kilómetros, caminata que solo se había visto aliviada por la bondad de dos conductores que habían sentido lástima de mí y me habían acogido como pasajero.

Ahora por fin estaba en casa y podía descansar. Al día siguiente aclararía todo aquel embrollo. Debía de existir una explicación lógica, de eso no tenía ninguna duda.

Una pareja de novios que se besaban en el portal se alejó con presura nada más verme. Sin duda, mi aspecto no les ofrecía ninguna confianza, más bien un bien fundado pavor. Necesitaba asearme urgentemente y cambiarme de ropa. Bueno, a decir verdad, antes de eso quizá fuera conveniente dormir unas horas. Abrí la puerta del portal y subí por las escaleras cansinamente, a punto de caerme dormido en cada rincón.

Tardé un buen rato en encontrar la llave, y una vez lo conseguí la introduje con ansiedad en la ranura, dispuesto a dejarme caer sin más dilación en la mullida y acogedora cama. ¡Mi gozo en un pozo! La llave no entraba. Volví a mirar todas las llaves con cuidado. Aquella era sin ninguna duda la correcta. Lo intenté repetidas veces hasta caer extenuado y al borde de un ataque de nervios. Confieso que en mi desesperación lloré amargamente durante varios minutos, después de lo cual descargué mi rabia sobre la puerta pegándole una sonora patada.

De repente, una voz de hombre me increpó al otro lado del umbral:

–¡Váyase ahora mismo o llamo a la policía, gamberro borracho!

“¿Qué diablos ocurre?”, me dije.

–Esta es mi casa –grité–, ¿quién le ha dado permiso para entrar y cambiar la cerradura?

–Le repito que se largue. Ya me ha molestado bastante por esta noche.

–Vamos a tranquilizarnos. ¿Por qué no me abre la puerta y aclaramos las cosas hablando?

–Claro, ¿por qué no? –dijo con ironía–. Después puedo ofrecerle las joyas, el ordenador, el televisor, y todo lo que quepa en su camión, señor ladrón. ¡Largo!

–No pienso irme. Esta es mi casa.

–Usted lo ha querido.

Me senté indignado en un rincón decidido a esperar a que abrieran la puerta. ¿Qué se había creído aquel mezquino individuo? ¿Pretendía robarme mi apartamento? No se lo iba a permitir.

En esa posición me dormí, víctima de mi agotamiento, pero no pude disfrutar de mi merecido descanso, ya que media hora más tarde el aullido de las sirenas de un coche patrulla se introdujo en mi cerebro, devolviéndolo a la vigilia. Comprendí que mi amigo el allanador de moradas había cumplido su amenaza y me levanté sobresaltado. Pero, al fin y al cabo, ¿qué podía temer? La ley debía estar de la parte agraviada, es decir, tenía que ayudarme a mí. O eso era sin duda lo lógico y natural. Sin embargo, aquel día había estado plagado de sucesos extraños e inexplicables, y mi intuición me decía que esta no iba a ser una excepción.

Bajé corriendo por la escalera como si en ello me fuera la vida. Cuando llegué al rellano, dos agentes del orden se disponían a entrar blandiendo sendas porras de gomaespuma, así que me escondí tras una ancha columna y contuve la respiración mientras traspasaban el umbral y comenzaban el ascenso hacia mi morada.

Esperé a que sus pasos dejaran de oírse y después me lancé hacia la calle con el corazón laténdome a cien por hora. Torcí a la izquierda y comencé a caminar con la única intención de alejarme de allí lo antes posible. Y entonces me di de bruces con un tercer policía que se había quedado esperando junto al coche.

Me miró de arriba abajo con extrañeza. Finalmente, me dejó seguir.

–Circule y no se meta en líos –dijo.

Yo continué mi marcha, aliviado. Afortunadamente, no me había visto salir del portal. O eso parecía, ya que se lo pensó mejor y antes de que doblara la esquina me dio el alto. Sin saber bien por qué, hice caso omiso y comencé a correr como si acabara de robar un banco.

Jugándome el tipo, crucé temerariamente una avenida bajo la sonora cacofonía de pitidos de cláxones, que fueron accionados simultáneamente por algunos conductores trasnochadores e iracundos. Dos coches me esquivaron

por los pelos tras un súbito volantazo que estuvo a punto de causarles un serio disgusto. Menos mal que era ya de noche y había poco movimiento. Mientras, mi perseguidor se había quedado cortado en la acera opuesta, desde donde me conminaba a que regresara gesticulando con los brazos, que parecían aspas de molino sometidas al empuje del viento.

Yo aproveche la ocasión para poner tierra de por medio tan rápido como me permitían mis castigadas piernas. Corrí y corrí sin descanso y sin rumbo fijo, hasta que caí de bruces con los pulmones ardiendo y jadeando ruidosamente. Tuve la mala suerte de que un botón de la camisa se me enganchara en el extremo de un hierro retorcido que sobresalía del pavimento. Como resultado, esta se desgarró, y un triángulo de tela de varios centímetros de lado se desprendió con un molesto chasquido.

Me había quedado sin aliento, así que me habría sido imposible escapar de nuevo si el policía me hubiera dado alcance. Afortunadamente, pude recuperar mis fuerzas con la única compañía del silencio de la noche y la luz titilante procedente de las numerosas farolas que me rodeaban. Sin embargo, al apagarse mi fuente de calor interno tras la frenética carrera, el sudor comenzó a secarse en mi piel y un intenso frío me hizo tiritar.

Entré en un portal y me acurruqué en un rincón resguardado del viento y la lluvia, que volvían a amenazar con su presencia, con la esperanza de poder dar descanso a mi dolorido cuerpo y, sobre todo, a mi maltratada mente. Media hora más tarde comprendí exasperado que me iba a resultar imposible conciliar el sueño con las manos, los pies y la nariz helados. Además, la temperatura ambiente bajaba gradualmente a medida que pasaban con tremenda lentitud los minutos.

Me levanté dispuesto a marcharme, preguntándome adónde iría, cuando el disco lunar volvió a aparecer de entre las nubes. De golpe, todos los fantasmas de mi mente regresaron a la vez.

–Hola, amigo –dijo una voz ronca a mi espalda–. ¿Quiere un trago?

Asustado, di un salto hacia atrás y me golpeé con la pared.

–No se asuste. Solo quiero ofrecerle un trago para que entre en calor. Va a coger un pulmonía así vestido. ¿Es nuevo en el gremio?

Su voz sonaba alegre bajo los efectos de la incipiente borrachera. Una vaharada de alcohol me alcanzó, arrastrada por el viento.

–Beba, hombre, que es vino del bueno; se lo aseguro. No da resaca. – El vagabundo rio con estruendo mostrando una hilera de dientes amarillentos.

Agarré la botella que me ofrecía por el gollete y vacié un cuarto de la misma en menos que canta un gallo. Sentí una magnífica sensación placentera cuando el elixir atravesó mi curtida garganta para después descender por mi esófago hasta el estómago. Momentáneamente recuperé el calor perdido y la movilidad de mis extremidades.

–Gracias –le dije, al tiempo que le devolvía su ya medio vacía botella.

–No hay de qué.

El indigente vestía un grueso y raído abrigo y un gorro de piel tachonado de manchas de grasa. Una larga barba cana cubría sus mejillas y el mentón, lo que le hacía parecer más viejo de lo que era en realidad. Abrió un saco que llevaba colgando de su espalda y extrajo un par de mantas. Estaba tan sucias que me fue imposible distinguir su color. Acto seguido las extendió en un rincón del portal y se ocultó bajo una de ellas. Yo permanecía como una estatua sin saber qué hacer.

–¿Piensa dormir de pie, o prefiere acostarse bajo la manta? No huele muy bien, es cierto, pero es caliente, se lo aseguro.

No me podía creer que me ofreciera cobijo.

–¿Es su primera noche al raso? –Asentí–. Se nota, desde luego, aunque por su aspecto parece que haya vagado ya varios días. Tendrá que procurarse una manta o no durará mucho cuando llegue el invierno. Quizá, ni siquiera llegue a él, compadre –dijo riendo y ya completamente borracho.

Una ráfaga de viento helado disipó los restos de calor que me había proporcionado el trago celestial, por lo que sin pensarlo más me arrastré bajo la grasienta manta. Esta desprendía un fuerte y ácido olor, una mezcla fétida de sudor, alcohol, tabaco y Dios sabe qué más, pero me proporcionó una sensación de calor tan agradable que eso no me importaba. Mi amable benefactor roncaba ya sonoramente, y yo mismo caí rápidamente en el bálsamo de un sueño reparador.

Caminaba con rapidez, casi corriendo, por la ancha acera que conducía al piso donde vivía María. La húmeda bruma se disipaba ya rápidamente bajo la mirada impaciente del sol matinal, que poco a poco se iba elevando por encima del horizonte. Las agujas de mi reloj marcaban las siete y media, por lo que aceleré el paso, pues me quedaban muchas cosas por hacer antes de las nueve, hora a la que debía presentarme en el trabajo.

Me había despertado con los primeros albores del sol naciente, confuso y aturdido al principio, pero sintiéndome mucho mejor que la noche anterior, cuando había sido rescatado de una noche infernal por el mendigo que todavía dormía plácidamente a mi lado. Notaba que las fuerzas regresaban a mis músculos doloridos, y que mi orgullo herido me conminaba a actuar, a restablecer mi honor sin demora. Debía levantar la pesada losa de injusticia que había caído sobre mis hombros, enmendar lo que sin duda era un error, una confusión sin sentido.

Me sentí algo culpable por despedirme a la francesa de mi amable compañero de fatigas, pero no tenía tiempo que perder, ni me pareció bien despertarlo, así que le devolví su manta y me marché con paso firme y decidido.

Mi primer destino era la casa de María. Necesitaba hablar con ella con urgencia, aclarar la situación, confirmar que ella estaba de mi lado. Hubiera sido más conveniente cambiarme primero de ropa, ya que apestaba como un basurero, y las pocas personas que se cruzaban en mi camino se apartaban sin poder disimular el miedo y la aprensión al verme (¡y percibir los efluvios de mi cuerpo!). Sin embargo, las tiendas todavía tardarían en abrir sus puertas.

María vivía todavía con su familia en un amplio piso que ocupaba la tercera y última planta de un edificio elegante y lujoso, una acogedora villa rodeada de un inmenso y florido jardín que ocupaba toda la manzana y en el que había sitio suficiente para albergar una piscina olímpica, una sala de cine panorámico, columpios para los niños e instalaciones deportivas. María tenía una familia adinerada, siempre había gozado de todas las comodidades de la

clase alta y, además, su padre había iniciado un imparable ascenso político. No era por tanto extraño que este me mirara como a un cazafortunas, que recelara de mí y pensara que era un buitres tratando de aprovecharse de su inocente niñita. Y ahora todo se había complicado tremendamente. A mi nada recomendable pasado se unía la incomprensible situación presente, de la que no tenía ninguna culpa, pero que ataba unas pesadas cadenas a mis tobillos.

Al llegar a la cancela que daba entrada a la casa, mi corazón palpitaba ruidosamente. Necesitaba acabar de una vez con la abrasadora incertidumbre, saber si el fin de la pesadilla había llegado o si, por el contrario, no estaba más que en el inicio de mi caída a un hondo pozo de desdichas.

Sentí un ligero cosquilleo en la yema de mi dedo índice al pulsar el botón del interfono. Era tal el contraste entre el esplendoroso y fragante jardín que tenía ante mis ojos y mis ropas andrajosas y malolientes, que sentí una enorme vergüenza de mancillar aquel lugar impoluto. Los segundos transcurrían lentamente en un silencio que me atormentaba, y que solo era roto por esporádicas ráfagas de brisa matinal que mecían las amarillentas hojas de los árboles.

—¿Quién es? —preguntó de pronto María con voz soñolienta.

—So-soy yo, Héctor —respondí tartamudeando con embarazo.

Durante un interminable minuto el silencio volvió a estrujar mi corazón.

—Ahora bajo —dijo al fin con voz temblorosa—. Espérame en la puerta.

Aunque no tardó mucho en bajar, apenas unos cinco minutos, la espera se me hizo eterna en el estado de ansiedad en que me hallaba. Al verla, casi me caigo de espaldas por la sorpresa: su larga melena rojiza había desaparecido, habiéndose transformado en una multitud de rizos de color castaño que apenas cubrían su cuello. Y no es que no estuviera guapa con su nuevo aspecto, pero para mí era difícil de asimilar un cambio tan radical en tan poco tiempo. Las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y la profunda tristeza que reflejaba su rostro compungido me robaron la alegría que sentía al verla de nuevo.

—Hola —me dijo una vez cerrada la verja de hierro tras su espalda. No me había invitado a pasar al jardín siquiera. Se mantenía a distancia; su voz sonaba algo fría—. ¿Dónde has estado?

Estaba claro que todo iba de mal en peor, y que la conversación tomaba los mismos derroteros que en la comisaría. Aun así, hice un intento.

–¿Dónde iba a estar? Te he buscado durante horas desesperado por el bosque, te he llamado llorando después de que desaparecieras del camino como por arte de magia. Al principio pensé que era una broma, luego me dominó el pánico.

María se tapó la cara con ambas manos y prorrumpió en un sonoro sollozo, un tremendo lamento que surgía del fondo de su alma y transmitía un inmenso sufrimiento. Yo no podía entender nada de lo que ocurría.

–¿Por qué me haces esto? –gritó de pronto, súbitamente alterada y nerviosa–. ¿Sabes cuánto tiempo te he buscado, cuántas noches he pasado en vela esperando una llamada de la policía, pensando unas veces en cosas horribles, como que encontraban tu cuerpo mutilado en el bosque, y otras en que te hallaban ileso milagrosamente? ¿Sabes que una vez perdida toda esperanza he estado en tratamiento psiquiátrico seis largos meses para superar la depresión? Tengo los nervios destrozados, y tú...

Me apartó de un empujón e intentó volver a su casa, pero yo la agarré de la muñeca.

–¡Déjame! –Dio un fuerte tirón y se liberó–. Eres un cerdo. Te presentas así, sin más, después de haberme roto el corazón. Si al menos trataras de ofrecer alguna excusa convincente, como que enfermaste, que te volviste loco, cualquier cosa, aunque sea mentira. Pero no, llegas y finges que no ha pasado nada tras torturarme un año entero. ¿Acaso eres un sádico que disfrutas haciéndome sufrir?

–Por favor, María, cálmate. Te juro que no entiendo nada. Esta tarde estábamos juntos, corríamos para divertirnos y yo tomé un atajo. Y entonces desapareciste, te volatilizaste. Te he buscado desesperado, he pasado una noche infernal, y cuando te encuentro...

No pude acabar la frase, ya que me pegó una dolorosa bofetada.

–¡Canalla! Eso es verdad, desde luego, solo que ocurrió hace un año, y fuiste tú el que te esfumaste de repente y yo la que vagó por el bosque desesperada horas y horas hasta caer desmayada. Menos mal que me encontraron a tiempo. ¿Y dónde estabas tú? ¿Escondido tras un árbol divirtiéndote a mi costa?

–Eres la última persona a la que haría sufrir –le dije en un agónico susurro. ¿Qué podía decir para demostrar mi inocencia?–. Sabes que te adoro más que a nada en el mundo; tú diste sentido a mi vida.

Su cara mutó de color y pasó del dolor al odio.

–Has llevado tu cinismo a un límite intolerable. –Sus lágrimas parecían haberse congelado en sus mejillas–. Haz el favor de desaparecer de mi vista y no volver jamás.

Me disponía a dar media vuelta cuando la puerta se abrió de golpe y dos hombres salieron atropelladamente a la acera. Uno de ellos era joven y bien parecido, e iba vestido con un traje azul estándar de oficina bancaria. El otro era el padre de María, quien había salido a la calle en bata y pantuflas y se encaró conmigo hecho un basilisco sin esconder sus intenciones de darme una buena tunda. Un rayo de comprensión me dejó petrificado cuando el hombre joven envolvió con una mano la estrecha cintura de María y trató de arrastrarla dentro de la casa, razón por la cual no pude esquivar el derechazo que recibí en el ojo derecho, y fruto del cual creció momentos más tarde un enorme morado violáceo.

–¿Cómo has tenido el valor de aparecer por aquí a molestar a mi hija, escoria de la sociedad? –Se había puesto rojo como un tomate–. ¿Acaso nos has tenido suficiente con la llamada de esta noche, sinvergüenza? –Me miró amenazadoramente. Le temblaba el bigote–. Escúchame: sería capaz de matarte antes de dejar que hagas sufrir más a mi hija. Así que desaparece de nuestras vidas o lo lamentarás.

–Todo esto no puede ser sino un inmenso malentendido. Por nada del mundo haría daño a su hija. Yo la amo –balbucí a duras penas.

Mis palabras solo lograron encolerizarlo aún más, provocando que me propinara un doloroso puntapié, al que sin duda alguna hubieran seguido más si no hubiera intervenido el hombre joven (el nuevo novio de María, deduje), quien lo agarró con firmeza y lo arrastró hacia la puerta.

–Deje que se encargue de él la policía. No vale la pena arriesgar su brillante carrera política por este tipejo.

Su voz falsa y zalamera me provocó arcadas.

–Gracias, Pedro. Menos mal que tú conservas la sangre fría y pones freno a mis impulsos emocionales. –Me echó una última mirada asesina y me espetó–: Se me revuelven las tripas solo de pensar que algún día hubieras podido ser mi yerno.

Estaba claro que era inútil discutir, pues nadie me creía. Ni siquiera yo, que comenzaba a dudar de mi propia cordura. Así que me quedé un buen rato allí sentado, apoyado contra la fría pared de piedra que protegía la casa, meditando sobre lo acontecido y maldiciendo mi mala suerte, que se había

torcido de repente y sin avisar.

Observé impotente cómo se cerraba la puerta enrejada, tras la cual desapareció María, quien ahora me despreciaba, me odiaba, sin saber yo por qué, sin poder entender qué pecado había cometido. Y eso dolía mucho más que los golpes que me había propinado su malhumorado progenitor, al que yo entendería, por supuesto, si de verdad yo hubiera desaparecido sin dejar rastro durante un año para después aparecer de pronto. Y, además, estaba aquel petimetre engreído y petulante, que se disponía a ocupar mi puesto, y que seguramente no quería a María ni la cuarta parte que yo. ¿Acaso iba a ser María feliz al lado de un trepa sin escrúpulos, más enamorado de su dinero que de ella? Me hervía la sangre solo de pensar en ello.

Quizá fuera una vana ilusión, una imagen creada por mi mente desesperada, pero me pareció que María me echó una última mirada antes de entrar, una mirada en la que no había rencor, sino pena, hasta es posible que un resto de amor por mí.

Me levanté despacio, con cuidado, soportando estoicamente el ramalazo de dolor que recorrió mi espalda de arriba abajo, y me dispuse a abandonar mi hogar soñado, no fuera que, como había amenazado mi sucio rival, la policía se presentara en cualquier momento.

Debía darme prisa en volver al centro si no quería llegar tarde al trabajo, que era lo único que me quedaba después de haber perdido mi piso y mi novia de un plumazo. Y, así, cojeando ostensiblemente, hundido moralmente, manchado de barro y sangre, andrajoso, maloliente, y con un ojo a la virulé, comencé mi regreso a una ciudad que me volvía la espalda, un lugar en el que todos sus habitantes parecían haberse confabulado para hacerme infeliz y desgraciado.

La oficina había abierto sus puertas a las ocho y media, apenas cinco minutos atrás. Sin embargo, ya se habían formado dos largas colas delante de las cajas, en las que dos chicas jóvenes atendían con parsimonia a los impacientes clientes, poco dispuestas a trabajar con celo a horas tan tempranas de la mañana.

Yo miraba nervioso e irritado las manecillas de mi reloj de pulsera, que todavía funcionaba a pesar de las múltiples sacudidas que había recibido esa noche, y veía impotente cómo transcurrían los pocos minutos que me quedaban para sacar el dinero, comprarme un pantalón y una camisa nuevos y correr a la redacción situada a varias manzanas de distancia.

Delante de mí había una señora corpulenta, amplia de caderas y de manos regordetas. Tenía pinta de ser asidua clienta de estas colas, así que me dirigí a ella para preguntarle cuánto tiempo pensaba que tardaríamos todavía en llegar a la caja.

–Perdone... –comencé.

Se volvió y me miró con cara de asco y el ceño fruncido, las arrugas de su cara contraídas al máximo.

–Lo siento, no llevo suelto –me dijo, y me dio de nuevo la espalda.

Intenté explicarle que no quería pedirle dinero, pero lo único que conseguí fue que se cambiara de cola muy enfadada. Dadas las circunstancias, y visto que de todas formas todo el mundo me miraba como a un apestado, procedí a expulsar uno por uno a todos los demás que me precedían, por lo que en dos minutos me encontré ante el cristal blindado que protegía a la cajera de posibles atacadores.

–Deseo sacar trescientos euros –le dije al tiempo que dejaba mi sucio carné de identidad en la bandeja giratoria.

La chica, seguramente una estudiante en prácticas, pecosa, y con la cara repleta de acné, estudió lentamente mi foto y la comparó conmigo, sin poder evitar mostrar una aprensión a la que ya me había habituado en estas aciagas horas. Después se ajustó la goma que sujetaba una larga coleta marrón

y comenzó a pulsar teclas en el ordenador con el dedo índice.

De repente, se levantó de su asiento y se alejó indicándome con un gesto que esperara. Durante varios minutos vi cómo conversaba con un hombre al fondo de la oficina. Este consultaba la pantalla del ordenador y negaba con la cabeza todo el rato. Finalmente, regresó a su puesto sujetando varios papeles con su mano huesuda.

–Lo siento –dijo sin mirarme a la cara–, pero solo hay una cuenta a nombre de Héctor Valdés y está cerrada por orden judicial, así que no puedo darle el dinero. Deje pasar al siguiente cliente, por favor.

Me quedé allí plantado sin poder asimilar lo que me decía.

–Señor, le agradecería... –comenzó a decir al ver que no me iba.

–Señorita –la corté–, no pienso irme de aquí sin más. Yo he confiado la custodia de mi dinero a este banco y tengo derecho a sacarlo cuando me apetezca. Están ustedes pisando mis derechos civiles.

–Señor –dijo con voz firme y un mohín que mostraba enfado y hastío a un tiempo–, yo no puedo solucionar sus problemas, solo soy una cajera. Si quiere presentar alguna queja, puede concertar una cita con el director de la oficina. Atiende al público a partir de las doce.

–¡A las doce! –grité fuera de mí–. Necesito el dinero ahora. ¿Acaso no lo entiende?

Un hombre rechoncho con las mejillas llenas de eczemas, el mismo con el que había conversado la chica, se acercó y se plantó delante de mí.

–Haga el favor de salir o tendré que llamar a los guardas de seguridad. ¿Qué prefiere?

–Prefiero que me den mi dinero. ¿Qué derecho tienen a negarme lo que es mío?

–Escuche atentamente. Héctor Valdés se dio por desaparecido hace seis meses y un juez ordenó el bloqueo de la cuenta. El banco no está autorizado a desbloquearla, lo siento.

Me quedé allí parado, a punto de llorar, impotente como un león enjaulado.

–Mire. Si en realidad es usted Héctor Valdés, le aconsejo que vaya a la policía y aclare la situación. En cuanto el juez lo autorice podrá sacar todo su dinero si así lo desea. –Se calló un instante para tomar aire. Me miró de arriba abajo, inspeccionando mi camisa rasgada, las manchas de sangre y barro y mi ojo amoratado–. Ahora, si es usted un usurpador que pretende quedarse con

dinero ajeno, le aconsejo que salga y no vuelva más. Y, por favor, la próxima vez dúchese antes de entrar en el recinto.

Preso de un súbito arrebató me adelanté un paso para levantar a aquel empleado insolente del suelo agarrándolo por las solapas, pero entonces sentí sobre mis brazos la dolorosa presión de dos tenazas que me detuvieron en seco, me arrastraron por la sucursal ante la mirada curiosa del resto de clientes y me lanzaron sin miramientos a la acera, donde caí hecho un ovillo.

–¡Tenga cuidado! –gritó una señora–. Casi me caigo por su culpa.

–No votaré más a este alcalde –dijo otra–. No sabe mantener las calles limpias.

Me levanté con dificultad y no tuve más remedio que ponerme en marcha absorbido por la corriente de la marea humana que fluía por las abarrotadas calles en dirección a sus lugares de trabajo. Por espacio de varios minutos vagué sin rumbo ni control, siendo incapaz de articular un solo pensamiento. Me sentía volteado por los remolinos de la multitud, arrastrado mar adentro hacia un destino implacable y terrible.

La boca abierta de par en par de unos grandes almacenes apareció de pronto ante mis ojos como un oasis en el desierto. Aunque todavía tenía las piernas flojas, logré hacer un requiebro y sortear a los viandantes, que caminaban como autómatas sin desviarse un milímetro de su ruta prefijada.

Una vez dentro me calmé y comenzó a disiparse la niebla de mi cerebro. Metí la mano en el bolsillo y extraje un único billete de veinte euros, con el que poco podía hacer si quería presentarme en la redacción decentemente vestido. “A grandes males grandes remedios”, pensé encogiéndome de hombros. Una vez tomada la resolución, me encaminé resueltamente hacia delante para chocarme de bruces con un gorila de dos metros enfundado en un uniforme marrón y que portaba una pistola en el cinto.

–¿Deseaba usted algo? –me gruñó.

Necesitaba inventarme algo antes de que me echaran de nuevo a patadas. Sonreí. El guarda enarcó las cejas.

–Escuche, le voy a ser franco –le dije en tono confidencial–. Resulta que unos amigos míos, gente adinerada sin nada que hacer, ya sabe, gente aburrida, me propusieron una competición. El juego consistía en disfrazarnos de mendigos, salir a la calle sin un duro y vivir en la indigencia el mayor tiempo posible. Ganará el juego quien más tiempo aguante. –El guarda me miraba fijamente con cara de incredulidad–. Llevo dos días en la calle y estoy

hasta el gorro. Tengo que reconocer que he hecho trampa y me he llevado algo de dinero. Necesito un respiro o tendré que abandonar.

Al mismo tiempo, saqué el billete de veinte euros y se lo puse en la mano discretamente.

—¿Me echará una mano?

—Está usted como una cabra, amigo —dijo sonriendo—. Pase y descanse.

—Gracias.

Le pegué una palmadita en la espalda y me alejé al primer piso, donde se encontraba la ropa de hombre, sin poder creer todavía que aquel esbirro se hubiera creído la absurda historia que me había inventado.

Una vez hube elegido sin pararme demasiado a pensar un pantalón negro, un cinturón, una camisa blanca, un par de calcetines negros y una corbata azul marino con rayas blancas, me encaminé con premura al probador bajo la escrutadora mirada y el molesto martilleo de los tacones de una dependienta, una rubia con el pelo teñido que parecía haber intuido acertadamente que mis intenciones no eran del todo decentes. Entonces comprendí de golpe que de nada me serviría cambiar mi indumentaria si mi cuerpo seguía oliendo a rayos, por lo que me giré, encontrándome frente a frente con la chica, que me miraba inquisitivamente.

—¿Sería tan amable de indicarme dónde se encuentra el aseo de caballeros? —le pregunté.

—Siga todo recto y gire a la izquierda al final del pasillo.

—Gracias.

Salí disparado con la ropa en la mano sin darle tiempo a preguntarme nada más, pues no contaba con más dinero para sobornos. Sonreí creyendo haber matado dos pájaros de un tiro, ya que no pensaba que me persiguiera hasta los aseos. Comprobé con satisfacción que mi memoria no me había fallado, y pude disfrutar de una relajante ducha de agua tibia, una beatífica sensación tras mis penurias de la noche. Después me sequé, me vestí, dejando allí tirados mis antiguos harapos, y me encaminé hacia la salida sintiéndome de nuevo persona. Solo me quedaba salir de la tienda.

—¿Pagaré con tarjeta o en efectivo?

Pegué un saltito del susto. La rubia me esperaba expectante, el gesto adusto y los brazos cruzados, a la puerta de los aseos.

—En efectivo —respondí.

—Venga conmigo a caja, por favor.

Tenía que inventarme algo, y rápido.

–¡Qué cabeza tengo! –exclamé–. Me olvidé del sombrero.

Lo que en realidad, era verdad. Me escapé con paso ligero, agarré un sombrero al azar y me lancé hacia las escaleras mecánicas de bajada sorteando a los compradores como en un eslálom.

–¡Espere! –gritó la chica, que aunque no me había perdido de vista no había podido seguirme–. ¡Deténgase!

Me calé el sombrero hasta las orejas y emprendí la huida con el corazón latiéndome velozmente. Una mano se posó sobre mi hombro. Me volví y reconocí a mi crédulo gorila.

–¡Menudo cambio, amigo! Así no va a recaudar nada –dijo riéndose.

“Mierda”, sonó una voz en mi interior.

–Si viene alguno de mis competidores, no los ayude como a mí –le dije guiñándole un ojo–. Lo recompensaré.

–Cuenta conmigo.

Le di un apretón de manos y me escabullí como una anguila al ver que la vendedora ya casi había llegado a la planta baja e intentaba hacerle comprender por señas al gorila que me detuviera.

Nada más traspasar el umbral de las puertas de salida la alarma estalló, esparciendo por doquier las esquirlas de sus estridentes pitidos. Por segunda vez en pocas horas me veía obligado a huir como un ratero perseguido por las fuerzas del orden. Afortunadamente, ninguno de los transeúntes pareció dispuesto a arriesgar su integridad física para ayudar al contrariado gorila a detenerme, y tras varios minutos de carrera frenética conseguí deshacerme de él. Cuando me detuve para recobrar el aliento, varias manchas provocadas por el sudor habían aparecido en mi camisa recién estrenada. Pero eso ya no tenía remedio.

No tuve tiempo para descansar, ya que las manecillas del reloj marcaban las nueve y veinte. Hacía veinte minutos que debía estar en la oficina, y todavía necesitaría otros veinte para llegar a pie. ¡Me había quedado sin un céntimo para pagarme un taxi!

El ascenso hasta el décimo piso del edificio, donde se encontraba ubicada la redacción del diario, me permitió arreglarme la corbata y la camisa, que intentaba escaparse del abrazo del cinturón. Me miré en el espejo contrariado, tratando de buscar una excusa apropiada a mi retraso y una explicación razonable a mi ojo morado. Tenía la cara roja por la carrera, y varias gotas de sudor perlaban mi frente.

Empujé las puertas batientes con la esperanza de que el último cachito de mi nueva y radiante vida no se me escapara también. Al verme, de forma instantánea, los rostros de mis compañeros se congelaron, sus labios enmudecieron, sus dedos quedaron petrificados sobre los teclados; en definitiva, toda la frenética actividad anterior desapareció como si el tiempo se hubiera detenido. Se diría que veían un fantasma, alguien venido de ultratumba.

—¡Buenos días! —dije alzando la voz y fingiendo que nada ocurría, que la rutina diaria se repetía y un nuevo día comenzaba sin grandes novedades.

—Hola, cuánto tiempo sin verte —dijo Clara, la rubia con melena leonada, cuya voz sonó como un susurro.

Proseguí mi marcha por el pasillo en dirección al despacho del jefe sin mirar a nadie a la cara y sin detenerme, fingiendo que no había notado que mi asiento estaba ocupado por un adolescente imberbe, que mis pilas de hojas con los borradores de mis artículos había desaparecido de mi mesa, que esta estaba vacía, yerma, vaciada de todas mis cosas.

Llamé con los nudillos y esperé. En la oficina reinaba el silencio, que poco a poco iba a ser cubierto por los crecientes murmullos.

—¡Adelante! —gritó el jefe pasado un minuto.

Entré sintiendo la palpitación de cada una de las venas de mi angosto cuello. Al verme, casi se cae de espaldas. Aunque no me lo ofreció, me senté en una de las butacas.

—¿De dónde sales, Héctor?

—Siento llegar tarde, Ernesto, le prometo que esto no volverá a ocurrir.

Me miró con un gesto extraño, atípico, con la boca torcida en una

sarcástica sonrisa, sus cejas enarcadas de asombro, su frente arrugada por la incompreensión. Se acercó al bar y lleno dos pequeños vasos de licor, quizá por cortesía de anfitrión, quizá por ganar tiempo para pensar qué decirme. Me tendió uno de ellos.

–¿No crees que ya es tarde para presentar tus excusas? –me dijo con suavidad.

Hice un último intento desesperado, si bien comprendía que todo estaba perdido.

–He llegado cuarenta minutos tarde, es verdad, pero ha sido la primera y la última vez. ¿Cómo puede haberme despedido tan rápido? ¿Tan poco confía en mí?

Se apoyó sobre el canto de la mesa mientras me miraba meditativo.

–No te entiendo, Héctor. ¿Acaso has venido a burlarte de mí? Eso no lo voy a consentir, te lo advierto.

De pronto mi vista se posó en el calendario que colgaba de la pared. Cerré los ojos y los volví a abrir varias veces para cerciorarme de que no soñaba, de que la terrible realidad en la que no deseaba creer se confirmaba. Finalmente, claudiqué, comprendí que esa era la verdad, que el cuadrado rojo marcaba el día veintiuno de octubre de 2012. Me levanté con las piernas flojas y me acerqué al calendario, lo toqué para comprobar que era real, que no me engañaba, que no era un maldito espejismo producto de mi imaginación. Me senté en cuclillas y lloré sin poder contenerme, expulsando con las lágrimas parte de la tensión que golpeaba mi cuerpo como un gas comprimido.

–Creo que estás enfermo. ¿Quieres que llame a un médico? –dijo mi exjefe asiendo el auricular del teléfono.

Meneé la cabeza y volví a sentarme, sintiendo sobre mí un tremendo peso incorpóreo. Vací de un golpe el vaso de licor, que reanimó un poco mis sentidos.

–¿Cómo es posible que estemos en el año 2012? –gemí—. ¿Cómo ha podido pasar un año entero sin que recuerde nada?

–Quizá, si me cuentas lo que te ocurre, pueda ayudarte.

Las palabras de mi exjefe me dieron algo de ánimo. Al menos él no me echaba a patadas de su despacho.

–No hay mucho que contar. Es todo tan extraño, tan increíble, tan irreal, que me parece estar delirando. –Callé al sentir que mi voz languidecía. Llené mis pulmones de aire fresco y continué—: Ayer por la tarde, día veinte de

octubre de 2011, fui a dar un paseo por el bosque con mi novia. Todo marchaba estupendamente hasta que en un momento dado ella desapareció, se esfumó. Y ahí empezó mi calvario. Me resultó imposible encontrarla y, además, todo había cambiado de repente: la noche se hizo fría y lluviosa, el ciclo de la luna era distinto, su coche también se había evaporado. Acudí a la policía, pero ellos tampoco pudieron hallarla en el bosque. Lo más sorprendente fue que consiguieron localizarla en su casa, ¡y dijo que no había estado conmigo esa tarde, que no me veía desde hacía un año! –Inspiré una bocanada de aire–. Al regresar a la ciudad encontré mi piso ocupado por un extraño, por lo que he pasado una noche infernal, durmiendo al raso junto a un indigente. Y por la mañana resulta que ya no tengo novia, ni cuenta corriente, ni trabajo, y que ha transcurrido un año sin que sea capaz de recordar nada a partir del veinte de octubre de 2011.

Mi jefe me miraba incrédulo. Encendió un puro y se sentó en su sillón.

–¿De verdad no recuerdas nada? ¿Pretendes decirme que padeces de amnesia? –No me creía. Todo era en vano–. No será un truco para que te readmita, ¿verdad? Debes comprender que eso es ya imposible.

Mis ojos extraviados vagaron por la habitación hasta posarse sobre la ventana abierta. La idea del suicidio cruzó por mi mente. Era una salida fácil, el fin de mi sufrimiento, la única solución a mis males. Mi jefe pareció leerme el pensamiento, se levantó con presteza y cerró la ventana.

–No he dicho que no te crea, pero reconocerás que es una historia algo inverosímil. –Su actitud parecía haber cambiado–. Verás, Héctor, el veinte de octubre de 2011 fue, efectivamente, el último día que te vimos. Al día siguiente ya no te presentaste en el trabajo. Desapareciste. Hasta hoy, un año después.

»Los dos primeros días pensé que te habías marchado sin avisar. Perdona que sea tan franco contigo, pero comprenderás que llevo muchos años en mi profesión y he visto de todo, yo ya estoy de vuelta y nada me sorprende. Y dados tus antecedentes, menos todavía. –Me miraba con lástima, quizá incluso con cierto remordimiento que trataba de liberar confesándome sus pecadillos–. Después, la policía irrumpió en la redacción y mi perspectiva cambió. Una inspectora muy guapa, Andrea creo que se llamaba, me explicó que habías desaparecido sin dejar rastro, y que se barajaba seriamente la hipótesis de que te hubieran asesinado o secuestrado, aunque esto último era

poco probable, dados tus escasos recursos económicos. Hubiera tenido más sentido el secuestro de María, tu novia por entonces. –No pude evitar una mueca de disgusto al recordar a María–. El caso es que tras el día veinte de octubre del año pasado no quedó ni un solo rastro de ti, nadie te volvió a ver, te volatilizaste.

Se acercó a la ventana y se quedó allí, apoyado en el marco metálico, vigilándome. Entonces me fijé en la abultada barba blanca que cubría su mentón y las mejillas, y que prácticamente tapaba su boca, de la que colgaba el humeante puro ya medio consumido. A pesar de toda la tensión que acumulaba, mi castigado cerebro fue capaz de recordar que el día anterior su cara estaba completamente afeitada. Esa era la confirmación definitiva de que el increíble salto temporal se había producido efectivamente, que no era un engaño hábilmente urdido. ¿Una conspiración colectiva? Me reí de mí mismo. ¿Quién me creía que era para que se tomaran tantas molestias por mí?

–¿Te encuentras bien? –me preguntó Ernesto al percibir el estupor en mi cara.

–Tu barba...

–No comprendo. ¡Ah! –Se rio–. Ayer no estaba, ¿no? –Tiró con fuerza de ella–. Como ves, no es postiza. Tardó varios meses en crecer.

–¿Qué pasó luego?

–Te buscaron durante varios meses. La inspectora encargada del caso se dedicó con gran abnegación y tesón, pero sin ningún éxito. Diría que tu caso le causó cierta frustración profesional.

–¿Y María, mis padres, mis amigos?

–Todos mantuvieron las esperanzas un tiempo, incluso más del razonable. Me visitaban con frecuencia por si nos enterábamos en la redacción de alguna novedad, por si alguien te había visto. Pusieron anuncios con tu foto en los periódicos; fuiste famoso por una temporada.

–Ya veo. Pero después María me olvidó –dije con amargura.

–No creo que tengas nada que reprocharle. Ella sufrió más que nadie por tu desaparición, llegó a enfermar de lo poco que comía, vivió durante meses esperando una llamada, una buena noticia. Si hubieras visto su tez pálida, su cara cenicienta, su aspecto de anoréxica incurable, no hablarías así.

»Tuvimos que darnos por vencidos, no había más alternativa que darte por muerto, ya que era la única explicación lógica. Aunque tu alocada vida no te diera buena fama, ninguno creíamos que voluntariamente desaparecieras sin

despedirte. No era algo propio de ti, no de esa forma, al menos.

»La rueda de la vida ha de seguir girando, es ley de vida y tú lo sabes.

Ernesto se disculpó y salió del despacho a atender unos asuntos, dejándome sumido en sombríos pensamientos. ¡Todos me creían muerto y enterrado! Pero ¿dónde había estado en todo este tiempo? ¿Por qué nadie me había visto? ¿Por qué no recordaba nada? Eran preguntas sin respuesta, al menos de momento, y que me hacían enloquecer. María perdida. Mi trabajo perdido. ¿Por qué?

Cuando Ernesto regresó, me dio un bocadillo y un plato de cacahuets, lo que le agradecí sinceramente, pues estaba hambriento y desfallecido.

–Mira, Héctor, cuando te has presentado aquí de repente, como si no hubiera pasado nada, he recelado de ti, no sabía qué pensar. ¿Quién no lo haría? –Noté que echaba un vistazo fugaz por la ventana–. Sin embargo, ahora empiezo a pensar que has sido sincero, que realmente no recuerdas nada. Debemos tratar de curar tu mente, rescatar los recuerdos olvidados, devolvarte a la vida.

–¿Me ayudarás? –pregunté esperanzado.

–Por supuesto. Sin embargo, yo poco podría hacer en un caso así. Solo entiendo de crónicas, noticias y letras. Los misterios de la mente quedan fuera de mis competencias. –Me miró tratando de sacar fuerzas para hablar–. Escucha, tienes que ponerte en manos de profesionales, de... médicos que sí pueden echarte un cable.

Me levanté espantado al comprender lo que me decía. El bocadillo se me había atragantado.

–¿De qué es... estás ha... hablando? –pregunté tartamudeando–. ¿Acaso crees que estoy loco? ¿Quieres encerrarme en un psiquiátrico?

–Tranquilízate, por favor –me dijo apoyando sus manos sobre mis hombros para evitar que me levantara–. Nadie pretende encerrarte. Un especialista puede sonsacarte los recuerdos, entender por qué padeces amnesia.

–Quieres decir un psiquiatra, ¿no? No me hables con eufemismos – repliqué con enfado.

–Mira, si todo va bien y consigues curarte, te prometo que intentaré conseguir tu readmisión en el periódico en cuanto se produzca una vacante. Pero es necesario que cooperes, que dejes que te curen.

Lo miré sorprendido, sin poder creerme lo que me decía. Algo en mi

interior me decía que había gato encerrado, que estaba intentando engatusarme con promesas, que su voz no sonaba sincera. Pero, ¿con qué objetivo?

En ese momento comencé a sentirme mal; sentí náuseas y toda la habitación comenzó a moverse, a girar sin control. El suelo había perdido la horizontalidad y oscilaba a uno y otro lado empujado por invisibles olas al igual que la cubierta de un pequeño barco en medio de una tempestad. Mareado, perdí el equilibrio y me caí de bruces. Después vomité.

Tengo una percepción confusa de lo que ocurrió luego. Oía voces, gente que hablaba, aunque no comprendía lo que decían. Me agarraron de las axilas y me volvieron a sentar en la silla. Yo solo veía borrosas siluetas sin rostro, por lo que era incapaz de reconocer quién estaba conmigo. Y entonces el estridente sonido de las ululantes sirenas penetró en mis oídos, disipando las brumas que invadían mi cerebro. Fue como si hubiera sonado el despertador. Recobré las fuerzas y me despejé lo suficiente para comprender qué estaba pasando, así que me levanté bruscamente sin dar oportunidad a que me retuvieran contra mi voluntad, corrí hacia la puerta de salida y me escapé de allí todo lo deprisa que me permitían mis piernas.

En el vestíbulo me crucé con tres enfermeros enfundados en batas blancas que obviamente venían a recogerme. Conseguí disimular bastante bien mi estado de agitación, ya que apenas se fijaron en mí y continuaron su camino. Una vez en la calle emprendí mi tercera huida desde que la pesadilla había comenzado. Al torcer la esquina tropecé de frente con una señora que portaba una docena de huevos. Estos cayeron y un charco de color amarillo comenzó a formarse sobre la acera. Continué mi carrera haciendo caso omiso de los poco amistosos insultos de la mujer, a quien posiblemente había estropeado la comida; corrí y corrí sin control, sin tener una percepción nítida de la realidad. Cruzaba las concurridas calles sin mirar el color del semáforo, ajeno al peligro, sin oír los bramidos de los indignados conductores ni los ensordecedores pitidos de los cláxones, sin fijarme por donde iba. No seguía una ruta definida, no sabía adónde me dirigía. Mi única intención era escapar de aquel ambiente hostil, perderme en la anónima multitud, allí donde no me conocían y por tanto nada podían reprocharme.

Recuerdo que la frenética carrera continuó durante mucho tiempo, que atravesé calles y avenidas, y que solo un milagro podría explicar por qué no me atropellaron. Finalmente me detuve a descansar, convencido de que había burlado por tercera vez a mis perseguidores, y sin saber muy bien qué podía

hacer a continuación. La desesperación y el desánimo me invadieron una vez concluida mi evasión.

Súbitamente, la voz de mi exjefe retumbó en mis oídos.

–Me alegro de que hayas decidido regresar. Es lo mejor para ti.

Levanté la cabeza sin poder creer lo que veía. Delante de mí se encontraba Ernesto acompañado por los tres enfermeros que había visto hacía un rato. Detrás, los destellos intermitentes de las luces de emergencia guiaron mis ojos hacia la ambulancia, que estaba aparcada en segunda fila, esperándome. Giré la cabeza y descubrí con asombro que me hallaba delante de la redacción del periódico. En mi alocada huida ¡había regresado al mismo sitio de partida! Me di por vencido.

Andrea Espinosa leía contrariada el informe, que ya había estudiado dos veces por lo menos. Se acabó de un trago la taza de café amargo que tanto detestaba y que, sin embargo, no podía dejar de ingerir a diario. Comprobó que a su derecha, y en ese orden, estaban como siempre sobre la mesa los tres bolígrafos de color azul, rojo y negro. Después se levantó, abrió el archivador correspondiente a la letra V y guardó en una de las carpetas los documentos que tantos quebraderos de cabeza le estaban proporcionando. Cerró el cajón con la llave y después la colgó en un gancho situado detrás de su escritorio.

Malhumorada, dejó caer el vaso de plástico en la papelería de color amarillo mientras comentaba entre dientes el asunto que la tenía confundida. Aquel caso ya se había llevado tres valiosos meses de su tiempo hacía un año, noventa días de indagaciones infructuosas, búsquedas sin resultado e interrogatorios inútiles. La desaparición de Héctor Valdés se había convertido en uno de esos misterios que no admite solución racional. Se había volatilizado sin dejar ningún rastro, absolutamente ninguno. Nadie lo había visto después del veinte de octubre de 2011, nadie había hablado con él, ni siquiera por teléfono; no había habido ningún movimiento en su cuenta bancaria, ni había enviado ningún correo electrónico. Además, había desaparecido de una manera muy extraña, casi a la vista de su novia, quien de repente se quedó sola en el bosque. La hipótesis en la que todos creían era el asesinato. Pensaban que seguramente sus restos estarían enterrados en algún sitio cercano al lugar de su desaparición, lo que explicaría la falta total de pistas. Desde el principio, el caso había ocupado un lugar prioritario en su lista de tareas, ya que en él estaba implicado el novio de la hija de Juan Montes, un influyente concejal que, salvo cambios inesperados (aunque frecuentes en la política), había iniciado una imparable ascensión hacia la alcaldía. Por tanto, se había asignado una gran cantidad de agentes a las labores de búsqueda, y a ella la habían descargado de otras tareas. Andrea había sentido una enorme frustración cuando, después de un rastreo minucioso y tedioso de la zona circundante, no habían hallado absolutamente nada. Ella se había dedicado en cuerpo y alma a buscar a Héctor, siendo consciente de

que hallarlo (vivo o muerto) sería un éxito que podría llevarla en volandas a su ansiado ascenso, al cargo de comisario. Se había dedicado con tanto ahínco, le había robado tantas horas al sueño diario, que había estado a punto de enfermar.

Andrea volvió a abrir el archivador, extrajo el dossier y se sentó de nuevo en su cómoda butaca giratoria. Encendió el flexo, y un cono de luz horadó la penumbra en la que ya comenzaba a sumergirse la habitación.

Le parecía increíble que Héctor hubiera aparecido de repente sin dar ninguna explicación a su ausencia. Y, además, esa historia de la amnesia era para morirse de risa. “Pero claro, los loqueros siempre parecen dispuestos a seguirles la corriente a estos criminales”, pensaba. Porque Andrea estaba convencida de que Héctor era culpable de algún crimen, de que algo ocultaba tras su pretendida (y muy oportuna) pérdida de memoria. Si Héctor había desaparecido sin dejar ningún rastro y no había sido asesinado ni secuestrado (aunque esto último todavía no se podía descartar), la única explicación que encontraba era que aquel mismo veinte de octubre se había embarcado de incógnito y con un nombre falso en algún vuelo con destino fuera de España, y que había permanecido escondido en el extranjero durante un año. Y ese era el comportamiento que se podía esperar de un criminal, de alguien que hubiera cometido un crimen y deseara evadirse de la justicia. El problema de esta teoría, por supuesto, era que no había crimen. Había repasado hasta hartarse todos los casos abiertos sin que ninguna pista pudiera conducir hacia Héctor. Había desempolvado incluso casos ya cerrados que habían quedado totalmente esclarecidos.

Andrea sabía que se aferraba a una corazonada sin demasiado fundamento, por lo menos desde un punto de vista policial. También sabía que no tenía ninguna necesidad de reabrir aquel caso ya olvidado ni de volver a sufrir los sinsabores de tener que gastar su tiempo en pesquisas sin fin que no conducían a ningún sitio. Si había llegado a ser inspectora jefe a sus treinta y cinco años, era porque siempre se había dejado guiar por la lógica y el sentido común, porque siempre había evitado los pasos en falso, y porque había tenido buen olfato para evitar los fracasos. Y ahora sabía que debía abandonar aquel engorroso asunto y archivarlo definitivamente, ya que nadie le exigía hacerse cargo de él. Y, sin embargo, la ambición la arrastraba por otros derroteros. Era un caso difícil, en el que nadie creía. Si lograba sacar agua de las piedras y conseguía descubrir un crimen oculto, se apuntaría un brillante victoria, y

tendría un as en la manga con el que catapultarse al puesto de comisario.

De pronto se sintió cansada. La tensión le había provocado un molesto dolor muscular que recorría su espalda desde la cerviz hasta la región lumbar, lo que, como bien sabía, era el preludio de una fuerte migraña.

“Al diablo”, pensó. Ingirió un analgésico, se puso la chaqueta, y se marchó a casa a descansar. Ya pensaría al día siguiente cómo arrinconar a ese majadero.

Repantigado en un mullido sofá de dos plazas color burdeos, Jaime Rocha había concluido la lectura del manuscrito de su paciente. Con su cabeza completamente calva apoyada en el respaldo, meditaba sobre aquella absurda historia, sin llegar a una conclusión clara. Se mesó una abundante barba con la que compensaba en parte su calvicie, a la que se había acostumbrado desde su más temprana juventud.

Miles de ideas atravesaban su cabeza a gran velocidad, ideas que surgían de algún lugar recóndito de su inquieto cerebro, y que en su mayoría se perdían en la inmensidad sin ser tan siquiera avistadas. Jaime sentía su acelerado corazón latir con fuerza, con brío y energía, notaba que la euforia levantaba su estado de ánimo, que la ilusión lo envolvía de nuevo en un halo de actividad. Frotándose las manos nerviosamente, daba gracias por haber encontrado, después de tanto tiempo de aburrida espera, un caso difícil y atípico, un caso que le haría sentir otra vez ese cosquilleo de sus primeros años de profesión, cuando cada paciente le abría la ventana a un mundo desconocido y cada éxito lo llenaba de orgullo y satisfacción. Él no era como muchos de sus colegas, que preferían curar enfermos con patologías trilladas, que se veían dominados por el estrés cuando se exigía mucho de su imaginación, y que rehuían enfrentarse al posible fracaso de un caso poco común y de difícil explicación. Jaime, por el contrario, necesitaba este tipo de retos para seguir en activo y no emprender el camino de la jubilación anticipada, que habría sido frustrante para él.

Y ahora buscaba un cabo al que aferrarse, una idea feliz que le permitiera comenzar a tirar lentamente del hilo conductor y extraer la verdad oculta, para después proceder a la curación de su paciente. Todo su cuerpo estaba en tensión. Cada uno de los músculos de su cara latía con vida propia, provocando el movimiento involuntario de su mandíbula. La adrenalina que generaba su cuerpo actuaba como una potente droga sobre su organismo,

dotándolo de renovada fuerza de voluntad y liberándolo de su estado de abulia.

Sin poder aguantar más tiempo sentado, se levantó del sofá y comenzó a dar vueltas por el espacioso despacho, mientras gesticulaba con las manos y hablaba en voz alta para sí mismo.

Sabía que solo su paciente le ayudaría a encontrar el punto de partida, pero para llegar ahí primero necesitaba ganarse su confianza, conseguir que lo viera como un padre, como un ser protector con quien uno se siente seguro y a salvo. Iba a ser muy complicado. Lo sabía y lo asumía, ya que era parte inseparable de su trabajo. Y este paciente en particular iba a ser un hueso duro de roer, uno de esos hombres que se aferraban sin soltarse a una verdad falsa pero en la que creían a pies juntillas, como un marinero agarrado al mástil de un barco que se hunde. Sabía que tenía por delante días y días de duro trabajo y de noches de insomnio, días en los que su cerebro iba a ser empujado a un incesante y agotadora actividad. Y esa perspectiva lo alegraba, hacía que volviera a sentirse vivo y animado, y conseguía que la sangre volviera a bullir en sus venas. Héctor era uno de esos esporádicos impulsos que le habían permitido permanecer en su puesto durante tantos años.

Jaime sabía también que el resto del mundo iba a desaparecer para él mientras durara la investigación, ya que iba a dedicar todas sus energías y todo su tiempo a resolver el enigma, por lo que estaría a partir de ese momento inmerso en un mundo distinto. Y en ello había una contradicción implícita: por un lado deseaba con todas sus fuerzas concluir con éxito su trabajo y curar a Héctor; por otro, temía ese terrible momento (que tantas veces había vivido) en el que, de golpe y porrazo, toda la tensión del proceso creativo desaparecía, viéndose de nuevo sumido en la depresión.

De pronto se detuvo, giró la cabeza y contempló por espacio de varios minutos su desordenado escritorio, los montones de papeles y libros, los bolígrafos, grapas y clips que permanecían esparcidos sobre la mesa, la infinidad de motas de polvo que iluminaban los potentes rayos de sol de la mañana. Quizá, se arrepentía en parte de haber prohibido que le limpiaran el despacho, pero no podía soportar que mancillaran su caos y lo transformaran en un aparente orden en el que era incapaz de encontrar nada.

Miró el reloj con impaciencia. Todavía quedaba una hora antes de que empezara su visita, antes de esa primera y vital toma de contacto. Los primeros minutos eran cruciales, ya que en ellos sabría si la química entre

ellos iba a funcionar o no, lo que era de capital importancia. Y después vendría la entrometida inspectora de policía, que con su terquedad y pocos miramientos podía echarlo todo a perder sin remisión. A la dificultad del caso se sumaba la complicada labor de mantenerla a raya y evitar que sus infundadas sospechas volvieran a Héctor desconfiado y retraído.

Sin poder aguantar más la tensión, abrió la puerta y salió a dar un paseo. Sin embargo, su intento se vio truncado al darse de bruces en el umbral con su ayudante, un muchacho inquieto recién licenciado al que debía transmitir su experiencia y conocimientos por espacio de seis meses. Rebosante de ilusión y energía, el chico le comunicaba las novedades, nervioso, con la impaciencia propia de la inexperiencia y la juventud.

–Venga rápido –le conminó–. Han ingresado a un nuevo paciente.

–Ahora no puedo. Ocúpate de hacer un informe preliminar de su estado.

–Verá –dijo resoplando–, resulta que presenta los mismos síntomas que Héctor.

Jaime dio un respingo. ¿Sería casualidad? Aunque claro, la noticia se habría publicado ya en los periódicos. Decidió abortar su paseo y ocuparse inmediatamente del asunto.

En la habitación reinaba una oscuridad total e impenetrable, una negrura que estaba en armonía con los poco halagüeños pensamientos del cerebro de Héctor, sumido todavía en la aterradora bruma matinal, en la que todos sus temores se le aparecían magnificados y poderosos.

Al abrirse la puerta de hierro con un estridente chirrido, una cortina de luz amarillenta penetró en la estancia, mancillando las tinieblas.

—Hora de levantarse, dormilón—le dijo el celador—. Tiene visita.

De pronto, una tenue claridad azulada anegó la estancia al encenderse las decenas de ojos de buey que espiaban desde el techo a los reclusos. El repentino crepúsculo pilló a Héctor desprevenido, aunque el prolongado encendido de los focos le permitió acostumbrarse gradualmente a la luz.

Sentado en su cama, revisó con ojos somnolientos el decorado de su nuevo hogar. A simple vista parecía un lugar acogedor, equipado con un mullido sofá de tres plazas apoyado en la pared de enfrente, una sólida estantería repleta de libros y películas de vídeo situada a su izquierda, y en cuya zona central brillaba una amplia pantalla de treinta pulgadas, una mesa redonda con tres sillas en el centro y, por supuesto, la cómoda cama sobre la que estaba sentado. En la pared de enfrente colgaban varios cuadros que mostraban idílicos paisajes: verdes campos floridos, montañas nevadas, precipicios de vértigo, inmensas cataratas o playas paradisíacas. Sobre su cabeza, a su espalda, las cortinas corridas tapaban la única ventana de la habitación, que se encontraba en ese momento sellada al estar las persianas bajadas. Agradables fragancias de distintas flores y plantas inundaban la habitación, acariciando la pituitaria de Héctor con el olor de las rosas, el tomillo o el azahar.

Jaime Rocha entró y se sentó en una de las sillas. La puerta se cerró tras él. Vestía una immaculada bata blanca bajo la que se ocultaba, con la excepción de una parte de los puños y el cuello, una camisa de color azul claro. Héctor se fijó en su tupida barba rubia (¿o era el pelo castaño?), que apenas dejaba entrever su boca. Una boca que, curvada en una bonachona sonrisa, trataba de ganarse su confianza. Sin duda, era un truco bien ensayado

de psiquiatra, una treta para engatusarlo y atraparlo en su red. Héctor se preparó mentalmente para la batalla.

–Buenos días. Soy el doctor Jaime Rocha –dijo al tiempo que le tendía la mano.

–No son buenos para mí, ya lo sabe –respondió Héctor malhumorado. A pesar de su arisca respuesta, aceptó el apretón de manos–. Yo no estoy loco y no sé qué hago aquí. ¿Por qué no me deja marchar?

–Sé que no está loco, no se preocupe, pero se encuentra en este centro porque necesita ayuda, porque no recuerda nada de su vida desde hace un año, y porque...

–Corte el rollo, doctor. No quiero monsergas –le interrumpió Héctor levantándose–. Y no me cuente lo que ya sé. Mire, mi vida se ha deshecho en un santiamén y no sé por qué: ayer tenía un trabajo que me gustaba, una novia fantástica, y todo me marchaba sobre ruedas. Y, de repente, lo he perdido todo. ¿Sabe usted lo que se siente al experimentar algo así?

La sonrisa de Jaime se ensanchó entre la espesura de pelo.

–Le entiendo perfectamente. Usted tiene un problema muy gordo y yo deseo ayudarle a salir de él, a recuperar su vida anterior. –Jaime clavó su mirada en su paciente–. Y la única forma de hacerlo es descubrir qué le provocó la amnesia.

–¿Qué pretende insinuar? –dijo Héctor, alterado.

–Tranquilícese, se lo ruego. Estará de acuerdo conmigo en que algo anómalo ha tenido que ocurrir para que un año entero haya desaparecido de su memoria. Según he leído en su escrito, usted desapareció el día veinte de octubre de 2011 mientras paseaba por el bosque con su novia. ¿Correcto?

Héctor asintió.

–Después, durante un año entero nadie lo vio, se evaporó como por arte de magia. Y reapareció el día veinte de octubre de este año, en el mismo lugar donde su novia lo perdió de vista. Pero lo más desconcertante es que usted revivió el momento de su desaparición y su mente regresó a octubre de 2011. ¿Puede darme una explicación lógica de lo que ha ocurrido?

Héctor negó con la cabeza.

–Yo pienso que en aquellos días ocurrió algún suceso traumático que su cerebro se niega a asimilar, y que es la causa de su pérdida de memoria. Mi labor consiste en hallar ese tesoro escondido que usted guarda en algún rincón de su mente. ¿Me comprende?

Héctor asintió de nuevo. Notó que se sentía más relajado. “Mierda”, pensó, “me está doblegando sin resistencia, he de reaccionar”.

–Pero necesito que usted colabore conmigo y que asuma su problema. Reconocer la situación es el primer paso, y el más importante.

Héctor aspiró una gran bocanada de aire y se encaró con su visitante.

–Veamos –dijo–, puedo estar de acuerdo con lo que me está diciendo, puedo colaborar, ya que soy el primer interesado en curarme, pero no puedo admitir bajo ningún concepto que me recluyan. Ni estoy loco ni soy un delincuente. ¿Qué me está ocultando? ¿Por qué no me deja salir de aquí y le visito en su consulta?

Jaime ofreció una de las sillas a Héctor, quien se sentó con el ceño fruncido.

–Si de mí dependiera, saldría ahora mismo por esa puerta. Sin embargo, una orden del juez me obliga a mantenerlo recluido.

Héctor pegó un puñetazo en la mesa.

–¿De qué juez me habla? Yo no he hecho nada –gritó. El celador entró presto al oír el estruendo, pero Jaime le indicó que no se moviera.

–Ya sé que usted es inocente. Por desgracia, la inspectora que investigó su desaparición hace un año no es de la misma opinión. Ella cree que usted ha cometido un crimen, y que está fingiendo haber perdido la memoria para ocultarse de la justicia.

Héctor se desplomó abatido.

–Pero eso es absurdo. ¿De qué crimen me acusan?

–Esa es la cuestión, Héctor, que no hay crimen. La inspectora piensa que ha hecho algo, pero no sabe qué. Así que no tiene que preocuparse por eso, ya que no tienen nada contra usted. Además, yo estoy de su lado, y le voy a ayudar.

Héctor sintió un nudo en la garganta.

–No sé cómo, pero ha conseguido que el juez dictamine prisión preventiva –prosiguió–, aunque, debido a su estado, este ha considerado oportuno que permanezca en un centro psiquiátrico.

“Diablos”, se dijo Héctor, “¿no estarán estos dos jugando al poli bueno y poli malo?”. Héctor se envaró, y Jaime comprendió que había sido un desliz decirle la verdad de manera tan directa, así que decidió cambiar el rumbo de la conversación.

La persiana de la inmensa ventana se fue levantando lentamente con un

apenas audible siseo, al tiempo que las decenas de ojos que colgaban del techo iban cerrando su párpados hasta cortar por completo el flujo de luz azulada. La luz amarillenta del sol matinal entró a raudales al levantarse el muro de contención que la retenía e inundó la habitación con una marea de partículas fotónicas que transmitieron algo de alegría al castigado corazón de Héctor.

Jaime se acercó a la ventana.

–Contemple este bello jardín.

Hasta donde alcanzaba la vista se extendía un mar de flores multicolor, una vasta pradera en la que predominaban los tonos violetas y naranjas. Las verdes y frondosas copas de los robles, cedros, castaños y alcornoques proyectaban amplias sombras sobre las tracerías formadas por millares de pétalos. Intrincados y laberínticos caminos surcaban aquel mar florido por doquier.

Héctor se relajó.

–Por este paraíso podrá pasear el tiempo que desee –le dijo Jaime–. Seguro que le ayuda a recuperar la memoria, ya verá.

–Habrán hablado ya con mis padres, supongo –dijo Héctor de pronto–. ¿Cuándo vendrán a visitarme? Ahora ellos son el último apoyo que me queda. –Héctor notó que Jaime se envaraba y se sobresaltó–. ¿Qué ocurre? No me tenga sobre ascuas, doctor.

Jaime se rascó la barbilla y frunció el ceño.

–Verá. Siento tener que decírselo, pero sus padres fallecieron hace seis meses en un accidente de tráfico.

Héctor se desplomó sin fuerzas sobre el sofá con los ojos humedecidos por las lágrimas. En ese momento el celador se asomó por la puerta.

–Perdone, doctor. Ha llegado la inspectora Espinosa, y no parece dispuesta a esperar.

“Lo que me faltaba”, rugió Jaime en su interior. Acto seguido, y sin darle tiempo siquiera a girar la cabeza, Andrea entró como un torbellino, con la mirada fija en su presa, quien todavía no había tenido tiempo de secarse las lágrimas. Las mejillas ligeramente arreboladas de la inspectora hacían juego con el color rojizo de su pelo rizado; el contorno suave de su rostro y sus rasgos algo infantiles no casaban, sin embargo, con la expresión gélida de cazador con la que acribillaba a sus víctimas.

–¡Qué escena más tierna! –ironizó con voz meliflua.

–Inspectora, le agradecería que se esperase fuera un momento. Héctor acaba de enterarse de la muerte de sus padres.

–No me diga. Y usted se lo cree, ¿no? Le recuerdo que me citó para las once en punto, y ya llevo cinco minutos esperando. No tengo todo el día, ¿sabe?

–Inspectora, la salud del enfermo es prioritaria, así que...

–Déjela, doctor –le cortó Héctor–. Es mejor para mí pasar todos los malos tragos de golpe.

Andrea se sentó en una de las sillas y comenzó el interrogatorio sin demora.

–Me gusta ir al grano y no dilapidar mi tiempo, señor Valdés, así que le agradecería que confesase inmediatamente su crimen.

–¿Tiene usted algo de qué acusarme, inspectora? –le respondió Héctor mientras se enjugaba las lágrimas.

–Me lo imaginaba. Voy a tener que gastar mi tiempo y energía en buscar pruebas. –Sacó un pequeño bloc de notas del bolsillo y lo ojeó con indolencia–. ¡Ajá! –exclamó de pronto–, este es el nombre que buscaba. ¿Conoce usted a un tal Sergio Col?

–No.

–Por supuesto que no. ¿Cómo iba a conocerlo con lo grande que es este mundo, verdad? Pues resulta que es un rara avis, igual que usted, y está internado en este mismo hospital, al final de este mismo pasillo. ¿No serán ustedes dos cómplices?

–No sé de qué me habla.

–Ya veo. Supongo que es otra oportuna pérdida de memoria. Parece que sus neuronas son muy frágiles, así que le refrescaré los recuerdos, que parece haber perdido por completo. –Andrea se levantó de su asiento y le enseñó una fotografía a Héctor–. ¿Ha visto alguna vez a este hombre?

–No, aunque supongo que será ese tal Sergio Col.

–Efectivamente. Observo que la amnesia no le ha afectado sus capacidades deductivas. Bien, este sujeto, que, por cierto, está fichado y es bien conocido por sus múltiples hurtos desde su adolescencia, desapareció el día veinte de octubre de 2011. ¿Le suena ese día de algo, Héctor?

El rostro de Héctor adquirió el tono macilento de la cera. Mientras, Andrea sonreía, satisfecha, y Jaime se mordía los labios con impotencia.

–Escuche esto: ustedes dos se evaporaron el mismo día, en el mismo

bosque, en similares circunstancias; ustedes dos permanecieron ocultos al mundo un año exactamente, y regresaron de golpe y porrazo también el mismo día, el veinte de octubre de 2012; ustedes dos no recuerdan absolutamente nada de este periodo, ni qué han hecho, ni dónde han vivido, nada de nada; a ustedes nadie los ha visto, nadie les ha hablado. Y ahora ambos comparten el mismo pasillo de este hospital. Algo intrigante, ¿no es cierto?

Héctor miró a Jaime con expresión sombría plagada de incompreensión.

–Escuche inspectora, está usted interfiriendo en mi terapia. Héctor no sabía que hubiera un paciente ingresado con sus mismos síntomas, y hubiera preferido darle esa información a su debido tiempo.

–Al diablo con su terapia –se enfadó Andrea–. Este hombre no está enfermo; simplemente está mintiendo. ¿Acaso alguien en su sano juicio, aparte de usted, el defensor de las causas perdidas, puede tragarse semejante historia? Conozco a este individuo como la palma de mi mano. Hace un año gasté varios meses en intentar localizarlo, estudié su vida minuciosamente, conversé con todos sus familiares, conocidos y amigos. Todos mis esfuerzos fueron inútiles: no conseguí encontrar ni la más mínima pista, no ya de su paradero, sino de su existencia en la Tierra. Fue algo completamente frustrante.

»El caso de Sergio Col fue distinto, por supuesto. Se dio por supuesto que, o bien había huido de las mafias locales, a las que debía dinero, o bien estas se lo habían cargado. En cualquier caso, al no haber nadie realmente interesado en encontrarlo, ni ser este el novio de ninguna hija predilecta de la ciudad, las pesquisas se cerraron a las pocas semanas.

»Hace un año no relacioné los dos casos que ahora han confluido en uno. Es totalmente inverosímil que una desaparición tan extraña no estuviera planificada de antemano con minuciosidad, pero dos, doctor, eso es absolutamente imposible. Y yo no veo qué otro fin hayan podido tener que el de evadir la acción de la justicia. –Andrea hizo una pausa mientras recogía su chaqueta gris del perchero–. Sé que no me va a ser fácil, pero voy a desenmascarar a estos dos embusteros.

Jaime Rocha abrió la puerta e invitó a salir a Andrea con un gesto.

–Si ha terminado el interrogatorio, el celador la acompañará a la habitación de Sergio –dijo con tono displicente.

–Hasta muy pronto, señores –replicó Andrea, y se alejó con un ligero repiqueteo de su tacones.

Una vez se hubo cerrado la puerta, Héctor se derrumbó sobre el sofá y se tapó la cara con ambas manos.

–Escuche, Héctor –comenzó Jaime al tiempo que maldecía entre dientes la inoportuna intromisión de Andrea–, no debe hacer ningún caso de lo que le ha dicho la inspectora. Solo trata de intimidarlo para sonsacarle información.

–Sé perfectamente lo que intenta, no soy un niño. Y también sé que usted cree posible que yo sea un criminal. –Jaime abrió su bonachona boca, pero Héctor no le dejó hablar–. Y no le culpo, ya que ni siquiera yo estoy seguro de mí mismo. Solo sé que mi amnesia es real, diga lo que diga esa sabelotodo. No entiendo qué está ocurriendo, ni sé quién es ese individuo de la habitación contigua, pero quiero saber la verdad. Si he cometido un crimen, debo pagar por ello, y si no, merezco que me dejen vivir en paz. ¿No cree, doctor?

–Por supuesto. Estoy muy satisfecho de que haya reconocido su problema y que desee curarse. Es el primer paso, y el más importante, en el proceso de curación. Mañana comenzaremos a trabajar intensamente. Si desea pasear por el jardín, no tiene más que llamar al celador.

El padre de María vertió tres dedos de licor sin alcohol en la copa rosada y se la tendió a la inspectora. Después se sentó, provocando que los michelines escaparan de la sujeción del cinturón. Encendió un puro y exhaló una bocanada de humo. María permanecía a su lado, cabizbaja y poco comunicativa.

–María, ya has oído a la inspectora. Ese hombre es peligroso y debe estar entre rejas. Solo de pensar en lo que te podía haber ocurrido me pongo enfermo.

María hizo ademán de levantarse, pero su padre la retuvo.

–Sabemos que a veces es difícil contar la verdad –intervino Andrea–. Sin embargo, por dolorosa que esta sea, siempre es mejor hablar que callar. Aún estamos a tiempo de evitar nuevos crímenes.

–Os repito que no oculto nada. Desapareció de repente y no lo volví a ver hasta el día de su inesperada reaparición. –María tenía la cara enrojecida y respiraba agitadamente–. Además, que yo sepa no ha cometido ningún crimen.

–Cálmate, hijita.

–Te he dicho mil veces que no me llames así.

Andrea Espinosa contuvo a duras penas un mohín y sonrió a pesar suyo. No le caía nada bien esa mocosa engreída, incapaz de agradecerle todos sus esfuerzos y de ayudarle en su búsqueda. Pero era hija de quien era y no podía presionarla demasiado. Iba a tener que ser paciente, algo que no podía soportar.

–Si no hablas por miedo, debes saber que estarás protegida permanentemente. Además, no hay ninguna posibilidad de que escape de su confinamiento.

María soltó un bufido.

–No tengo miedo. Él no es un criminal –dijo con rabia.

–¿Hasta qué punto puedes estar seguro de conocer a alguien, hijita?

–Debes confiar en nuestra mayor experiencia –intervino la inspectora antes de que la niñata explotara–. He encerrado a seres en apariencia

angelicales que escondían crímenes inenarrables tras su máscara. Eres joven todavía, e inexperta.

–¡No me tratéis como a una niña! No lo soporto. Aunque todo eso fuera verdad, aunque él fuera un criminal, yo no sé nada más de lo que he dicho. Sí, me abandonó, se portó como un cerdo. Y luego regresó para hacerme sufrir. Y no le tengo ningún aprecio por todo lo que me ha hecho. Pero eso no lo convierte en un criminal.

–Está bien, hijita, no te acalores. Creo que la inspectora ya no te necesita, de momento.

Andrea asintió con una falsa sonrisa de compromiso.

Nada más salir María del cuarto, a su padre le cambió la expresión en la cara. La mirada de tierna preocupación paternal se tornó en un ceño fruncido. La sonrisa, en fruncimiento de sus labios. La frente despejada, en un mar de arrugas.

–Escúchame –dijo el padre a la inspectora–. Sabes lo que ocurrirá si no lo pescamos, ¿no?

–Sí, claro.

–Tarde o temprano saldrá de ese hospital. Nuestro sistema sanitario no se puede permitir mantener a estos sujetos.

–Es evidente.

–¡Deja de darme la razón! Escucha. Encuentra pruebas contra él y enciérralo. No quiero verlo nunca más, ni siquiera en pintura, y mucho menos cerca de María. Hazlo y te prometo que tu carrera irá sobre ruedas.

Jaime Rocha miraba con resignación los tres libros abiertos sobre sus correspondientes atriles, las decenas de cuartillas desparramadas por la mesa y por el suelo, la papelería repleta hasta el desbordamiento de papeles arrugados, y que contenían cientos de ideas desechadas tras horas de intenso trabajo, la larga lista de archivos que poblaban la carpeta de Héctor Valdés en su ordenador; contemplaba, en definitiva, el inútil resultado de dos semanas de esfuerzo baldío.

El caos de su despacho comenzaba a molestarle, y se preguntaba si su poco metódico método de trabajo no estaba siendo en esta ocasión un obstáculo en su camino. Sentía una frustración tan grande que llegó a desear

volver al estado de apatía habitual. Se preguntaba cómo era posible que tras tantos días de titánicos esfuerzos, de tantas charlas sin fin con el enfermo, en las que este le había relatado con detalle toda su vida hasta el fatídico veinte de octubre de 2011, tras tantos días y noches de obsesivo procesamiento de la toda la información, no hubiera hallado ni la más mínima pista. En la última semana había incorporado al caso a su joven aprendiz, incluso había solicitado ayuda a dos de sus colegas, algo a lo que era absolutamente reacio, pero no había habido ningún progreso: su paciente no había sido capaz de recordar un solo segundo de su vida durante el año de su desaparición. Era la primera vez que le ocurría algo similar: siempre había conseguido, hasta en los casos más complejos, algún pequeño avance, por insignificante que fuera. Aunque no le resultaba nada simpática, ahora comprendía la impotencia y ansiedad que había sentido Andrea Espinosa en su búsqueda de Héctor hacía un año.

La había visto hacía poco, apenas unas horas, y, aunque le costaba reconocerlo, se había sentido algo aliviado al saber que sus progresos eran idénticos a los suyos: no había conseguido la más ligera pista, ni de ningún posible crimen, ni del paradero de los dos sujetos durante el periodo de su desaparición.

Héctor, mientras, había pasado de su estado de agitación inicial a una calma resignada, al pasotismo motivado por una falta total de esperanza. Si el enfermo no creía, aunque fuera un poco, en su recuperación, iba a ser muy difícil hacer progresos. Jaime se preguntaba si no era ya el momento de que los dos pacientes se conocieran. Porque, por extraño que fuera, tampoco había conseguido ningún avance con el segundo paciente, de cuyo rastro tampoco se sabía nada. Si, como pensaba la inspectora, ambos eran cómplices y estaban fingiendo, habían tenido una habilidad sobrehumana para borrar sus huellas, y eran, además, unos actores fuera de serie. No, eso era absolutamente imposible.

En ese momento sonó el teléfono y Jaime oyó la penetrante voz de Andrea.

El ululante coche patrulla volaba sobre el asfalto adelantando en zigzag a todos los vehículos de la concurrida vía.

—¡Apartaos, idiotas! —bramaba Andrea, que estaba sentada en el

asiento trasero junto al subinspector Martínez, un individuo bajito y rechoncho, de bigote tupido y abundante pelo cobrizo.

–No te hagas ilusiones. Quizá, no va a resultar ser lo que imaginas –le dijo este en un vano intento de tranquilizarla.

–¿Bromeas? –le contestó indignada. Algunos bucles rojizos se había soltado de su diadema, huyendo del aquel volcán en plena erupción–. El cuerpo estaba enterrado en el mismo bosque y en la misma zona donde desaparecieron ambos sujetos. Por si esto fuera poco, el reloj de la víctima marcó al detenerse la fecha veinte de octubre de 2011, el mismo día en que desaparecieron. ¿Te parece que todo eso puede ser una coincidencia?

El conductor torció a la derecha en un cruce y se adentró en una carretera secundaria casi desierta. Ahora el vehículo avanzaba a más de cien kilómetros por hora por una larga recta, escoltado por la mirada de los árboles.

–¡Toma el camino de la izquierda! –gritó Andrea de repente.

El coche derrapó tras el súbito volantazo del chófer, resbaló un par de metros por la tierra reseca y continuó su frenética carrera por un estrecho y sinuoso sendero que se adentraba en la espesura del bosque.

–Tómalo con más calma, ¿quieres? Nos vamos a estampar contra un árbol si sigues en este plan. ¿Por qué no hemos seguido por la carretera?

–¿Sigues de guasa? Me conozco este bosque como la palma de mi mano. ¿Acaso has olvidado que lo recorrí centímetro a centímetro el año pasado? Este sendero conduce directamente a nuestro destino. ¡Y pensar que seguramente he pasado un montón de veces por encima de esa tumba!

–¿Sabes? Estás tan pálida que se ven las venas de tu rostro. Deberías descansar más y relajarte. ¿Qué te parece cenar en Los Gallegos esta noche, tú y yo solos? Hacen unas gambas a la plancha que están de muerte.

–¿Ya vuelves a las andadas? –dijo Andrea, visiblemente enfadada–. Deberías ser menos frívolo y tomarte en serio este asunto. ¿No ves que estamos ante una pista crucial para resolver el caso?

–Hace tiempo que solo me tomo en serio el fútbol.

–¡Bah! Déjame en paz.

Nada más salir del coche, Andrea se abalanzó con premura hacia la zona acordonada, para lo cual tuvo que superar el empuje del viento, que arreciaba con fuerza. Arrebujada en su sempiterna gabardina color beige, penetró en el escenario del crimen con paso decidido, sabiendo en su interior

que el punto de inflexión en su investigación había llegado. Ante sus ojos, sobre la tierra húmeda bañada en hojas amarillentas, yacían, cubiertos por una tela blanca, los restos del cuerpo en avanzado estado de descomposición de la prostituta asesinada hacia un año. Este último dato todavía debía ser confirmado por la policía científica, pero la pista dejada por el reloj de pulsera de la víctima era bastante fiable. En apariencia, la grieta existente en el cristal indicaba que el asesino y la víctima habían forcejeado, y, como resultado, el reloj había recibido un fuerte golpe tras el cual había dejado de funcionar, dejando impresa oportunamente la hora y fecha del crimen.

Una chica joven uniformada se acercó a la inspectora en cuanto esta traspasó la barrera de agentes.

—¿Habéis encontrado algún rastro de Héctor Valdés en el cadáver?

—No, pero tenemos una buena pista —le respondió con satisfacción mientras le entregaba una billetera de cuero—. Al parecer la mujer tuvo tiempo de efectuar un último hurto antes de morir.

Andrea abrió con torpeza la cartera, ya que después de tantos años todavía no había conseguido acostumbrarse a operar con las manos enguantadas, y extrajo varios documentos, entre los cuales había un carné de identidad y varias tarjetas bancarias. Después de limpiar la capa de mugre, leyó el nombre de su propietario y sonrió satisfecha.

—¿Qué me dices de esto, señor escéptico? —le dijo a su compañero—. Nada más y nada menos que nuestro amigo Sergio Coll. Ahora ya los tenemos atrapados, y van a caer como polillas atraídas por la luz.

El subinspector Martínez apenas logró oír sus palabras, pues se encontraba absorto, con la mirada perdida en algún punto del bosque.

—¿Me estás escuchando? Tenemos una pista importante y tú te pones a contemplar el paisaje.

—¿Te has fijado en aquellos dos pinos?

Andrea se volvió, irritada.

—¿Acaso tienen algo de especial?

—Sí. Son más altos que los demás árboles, y de alguna manera me atraen, poseen cierto magnetismo. Es como si formaran una puerta.

—De verdad, nunca conseguiré acostumbrarme a tus absurdas evasiones de la realidad. ¿Cuándo vas a dejar de soñar? Tenemos un asesinato, una pista y criminales que capturar y encerrar. ¿Lo recuerdas? No sé cómo llegaste a ser subinspector.

–Tú me ascendiste. ¿Lo recuerdas? –le dijo con ironía–. Por cierto, ahora que las cosas marchan viento en popa podríamos celebrarlo en Los Gallegos.

–Algún día conseguirás sacarme de quicio.

En ese momento un agente se acercó corriendo al cerco policial y llamó a la inspectora. Estaba sudando copiosamente a pesar del frescor de la tarde.

–Traigo buenas noticias, Andrea. Hemos conseguido localizar a la compañera de piso de la fallecida, y ha reconocido inmediatamente a Héctor Valdés. Dice que se acuerda de él porque las visitó asiduamente durante el mes de julio de 2011.

–¡Bingo! –exclamó Andrea–. Martínez, vamos a visitar a nuestros dos amiguitos para hacerles cantar como periquitos.

–Yo no me alegraría antes de tiempo. Según creo, estos dos amigos no van a capitular fácilmente.

–Deja de aguarme la fiesta continuamente –le respondió con enfado. Sin embargo, sabía que tenía razón.

Sin más dilación se dirigieron de vuelta al vehículo bajo la atenta y escrutadora mirada de la luna llena, cuyo rostro parecía seguir con incompreensión las preocupaciones humanas.

Una vez sentada cómodamente sobre el mullido asiento, extrajo el teléfono de su bolso y marcó el número del hospital. Una sonrisa de satisfacción se dibujo imperceptiblemente en su rostro, que por momentos perdió la rigidez y tensión habituales.

Pedro daba vueltas por el salón de su pequeño piso de soltero rezumando una malsana rabia por todos los poros de su cuerpo, maldiciendo su suerte, que se había torcido cuando se encontraba cerca de la ansiada meta, maldiciendo a todo el mundo, pero maldiciendo especialmente a aquel apestoso cretino que había renacido para su desgracia.

Miró con odio las cuatro paredes que lo rodeaban, tabiques que delimitaban una estrecha sala que comenzaba a causarle claustrofobia, y que casi eran un símbolo de las barreras surgidas de la nada para frenar su incipiente carrera. Se miró en el inmenso espejo que le había regalado su exsuegro el día de su cumpleaños: tenía la cara enrojecida, el pelo alborotado, los labios hinchados y carcomidos por el herpes. Pero en la expresión de su cara no había tristeza ni síntomas de depresión, sino que sus ojos vidriosos desprendían un fulgor ponzoñoso impregnado de ciego rencor y deseos de venganza.

Llevaba dos días encerrado, sin ir a su trabajo en el banco, donde se había excusado con una falsa enfermedad de la que ya obtendría un certificado médico a cambio de algún favor (uno más en la lista), sin vestirse, sin afeitarse ni ducharse, sin poder hacer nada más que comerse el coco y ahogarse en su propia inquina y frustración.

En un afán masoquista rebobinaba la escena que había hundido sus sueños malogrados. Una y otra vez veía llegar a María por el camino de tierra, escoltada por los nogales, con el rostro contrito, los ojos abiertos y mirando al frente, abordando el mal trago con paso decidido y sin titubeos. Al ver su mirada turbada y seria supo enseguida que algún eslabón se había partido en su relación. Había llegado a conocerla muy bien en los meses que llegaban juntos, por lo que María era un libro abierto para él, una de esas personas que nunca hubiera podido engañarlo, aunque también sabía que era algo que jamás hubiera hecho. Ella era una persona franca hasta extremos a veces poco convenientes, alguien para quien la sinceridad era un valor insustituible.

Pedro gritaba de rabia e indignación cada vez que volvía a ver a María sentarse a su lado, mirarle a los ojos y decirle que ya no podía seguir con él,

que lo había meditado mucho y que su decisión no tenía vuelta atrás. Él aguantó el chaparrón estoicamente y en silencio, conteniendo la cólera que hacía que la sangre hirviera en sus venas, consciente de que la aventura había concluido y que sus proyectos se habían arruinado. Tuvo que hacer un inmenso esfuerzo para contenerse y no estampar la silla con furia contra algún árbol. Exteriormente se mostró calmado y comprensivo, aunque sabía que ya no podría convencerla, que sus decisiones eran irrevocables. Había experimentado ya varias veces esa sensación de rabia impotente que le roía las entrañas y lo enviaba al peor de sus infiernos. Había ocurrido en cada ocasión en que la había sorprendido llorando en un rincón desconsoladamente, ahogándose a escondidas en lágrimas amargas, gotas vertidas a causa de aquel sujeto despreciable al que odiaba con toda su alma.

Al fin y al cabo había sido él quien la había liberado del pozo de tristeza en el que había caído, quien la había acompañado en las horas bajas y la había devuelto a la vida. Y, sin embargo, ella seguía amando a ese inmundo bohemio al que debía el haber perdido las jugosas influencias que lo iban a impulsar en su carrera política. Y no es que no le doliera la pérdida de María, una mujer guapa e inteligente con la que se encontraba muy a gusto, pero para Pedro ninguna mujer era insustituible, y no le iba a quitar el sueño que le dieran calabazas.

Ahora todos sus pensamientos se concentraban en la venganza, la única válvula de escape posible a la furia que oprimía su pecho. En esos dos días de reclusión miles de pérfidas ideas habían pasado por su cabeza, pero ninguna de ellas le había gustado completamente. Algunas eran demasiado arriesgadas para su propia seguridad, mientras que otras no le infligirían un nivel de castigo suficiente a su rival. Pedro deseaba arruinarle la vida sin que tuviera ninguna posibilidad de levantarse.

Soltó una imprecación cuando sonó el timbre de la puerta.

“¿Quién diablos será?”, masculló entre dientes mientras descorría el cerrojo y tiraba despacio de la manilla para abrir un delgado intersticio entre la jamba y la puerta. Por él se asomaron las hojas del diario matutino local, el mismo en el que había trabajado su más acérrimo enemigo. Tras depositar una moneda en los tres curtidos dedos que consiguieron traspasar el umbral, cerró la puerta de nuevo y se sentó en el sofá a echar una ojeada al periódico, única distracción con la que conseguía olvidarse por un rato de sus lúgubres pensamientos.

Pasó indolentemente las páginas sin prestar demasiada atención a los trillados titulares, que le aburrían más y más cada día. Sus ojos captaban las letras como componentes de un paisaje lejano en el que resulta difícil fijarse en los detalles. Sin embargo, en contraste con las sombras de su mente, la difusa imagen era agradable y lograba tranquilizarlo.

Y, de repente, una noticia captó súbitamente su atención. La fotografía de Héctor embutido en una bata verde, ojeroso y demacrado, y en cuyo pie se le nombraba como sospechoso de asesinato, le provocó una oleada de adrenalina por todo su cuerpo. Leyó y releyó detenidamente el artículo, seguro de que allí encontraría la solución a sus inquietudes. Poco a poco sus excitadas neuronas fueron creando un plan maestro con el que consumiría una venganza perfecta, una vendetta que pondría final a aquel asunto.

Tras asearse, afeitarse y perfumarse, se puso uno de sus mejores trajes, se ajustó al cuello su corbata preferida y se caló el sombrero cordobés de fieltro que le había regalado su exsuegro en las pasadas Navidades. Al cruzar el umbral tras el que había permanecido encerrado las últimas cuarenta y ocho horas, todo vestigio de su anterior debilidad, turbación y desesperación había desaparecido, y la pérfida sonrisa de su boca reflejaba la fría determinación con la que continuaría medrando una vez que María y su querido Héctor fueran parte de un pasado olvidado.

Pedro aparcó su pequeño utilitario cerca de la entrada principal del hospital psiquiátrico. Torció el rictus al pensar que ya no podría cambiar de coche hasta pasado un tiempo, como tenía planeado, pero enseguida recuperó la sonrisa. Eso no era más que un contratiempo pasajero.

Avanzó velozmente por la escalinata alfombrada, atravesando la tormenta de aromas que provenía del jardín. Después se dirigió a la entrada, donde engatusó con habilidad a la desprevenida recepcionista para que le dejara subir fuera del horario de visitas. Su corazón latía con fuerza mientras el ascensor subía lentamente a la cuarta planta.

–Tiene quince minutos –dijo la chica antes de cerrar la puerta.

–Buenos días, Sergio. Supongo que te acordarás de mí –dijo Pedro en tono sarcástico.

La sorprendida cara del involuntario anfitrión fue más expresiva que cualquier respuesta. Pedro se dispuso a cosechar los frutos plantados tiempo atrás.

Las últimas luces del día se iban consumiendo tras el horizonte al mismo tiempo que el castigado motor empujaba el coche de Pedro hasta las últimas estribaciones del puerto. Había sido un lento viaje de cuatro horas hasta culminar el ascenso a la cima situada a más de dos mil metros, un camino repleto de curvas cerradas, pendientes escarpadas, precipicios de vértigo envueltos en la niebla y bellos paisajes a los que Pedro había prestado poca atención.

Hacía frío. Pedro miró el termómetro del salpicadero con disgusto. Sabía que sería más sensato dormir en algún motel y esperar a la mañana siguiente, pero no podía esperar, ardía de impaciencia por encontrar su tesoro enterrado. “Si todavía se encuentra allí. Y si Sergio no me ha engañado”, pensó, súbitamente nervioso. Desechó esos pensamientos y desplegó el mapa en el que había marcado su itinerario mientras dejaba descansar el motor. Durante el trayecto había temido en varias ocasiones que este se parara definitivamente, y ahora que la parte más difícil del trayecto había concluido no podía permitirse fracasar.

Mientras engullía varias barritas de chocolate, la oscuridad de la noche le fue envolviendo poco a poco como un negro sudario tachonado de estrellas. Iba a necesitar mucha energía esa noche. Un viento racheado comenzó a silbar en periódicos intervalos, provocando que el coche oscilara ligeramente sobre sus ruedas. La densa negrura del atardecer iba a dificultar su complicada tarea, pero también le iba a proporcionar intimidad: nadie debía verlo esa noche.

Transcurrida media hora, puso el contacto y aceleró rumbo a su destino: el lago de Hierro. Pensó con angustia y asco en esa maloliente y malsana charca pantanosa, un lodazal de aguas verdosas y fondo arcilloso a la que alguien había tenido la osadía de llamar lago. Pensó también en los miles de mosquitos y otros gigantescos insectos malintencionados que estaban esperando ansiosamente para chuparle la sangre, en el frío húmedo que le iba a penetrar hasta el tuétano, y en las arcadas que iba a sentir nada más pisar el blando suelo de arena pardusca. Pero el sacrificio valía la pena, de eso no tenía ninguna duda.

Condujo por una larga recta de treinta kilómetros hasta caer en un ligero sopor, estado que hubiera podido traerle un serio disgusto de no ser por el aullido estridente de la sirena de un coche de policía que iba tras su estela,

y que devolvió los aletargados sentidos de Pedro a una inesperada vigilia. Un descontrolado nerviosismo invadió su cuerpo: sentía los acelerados latidos de su corazón en el oído, un molesto cosquilleo en el estómago, así como una ligera contracción de los músculos de la cara. El vehículo policial lo adelantó y desapareció en la lejanía, convirtiéndose en un minúsculo punto azulado. Pedro rio al tiempo que la tensión se desvanecía. ¿Acaso había hecho algo, había cometido algún crimen? No, todavía no.

Cuando llegó a su destino, la oscuridad era absoluta. El tupido manto de nubarrones que cubría el cielo ni siquiera dejaba entrever la débil luz de las estrellas. Pedro sintió un súbito escalofrío de pavor, un repentino temor que le paralizaba los músculos, como si fuera un niño pequeño que esperara ver surgir un monstruo imaginario de cualquier rincón de su cuarto. El silencio total que reinaba en aquel lugar inhóspito y la negrura de la noche creaban un ambiente opresivo y tétrico en el que cualquier cosa parecía posible. Reponiéndose a la momentánea parálisis, que, quizá, había sido motivada por un inoportuno, y poco digno de él, sentimiento de culpa, salió del coche y abrió el maletero dispuesto a concluir su difícil faena.

Un viento glacial y artero, que comenzó a arreciar con fuerza justo en el momento en que se estaba desnudando para ponerse el traje de neopreno, le hizo tiritar de frío y le puso la piel de gallina. Su aullido traicionero era más tenebroso, si cabe, que el anterior silencio. El súbito fragor de las hojas y las ramas le hizo sobresaltarse y desear salir huyendo de allí de inmediato, pero consiguió sobreponerse al pánico y serenarse. Ya calmado, agarró sus bártulos y se dirigió hacia el pantano sin haber recuperado aún el calor corporal perdido. A medida que avanzaba por la tierra fangosa, en la que sus pies generaban un continuo chapoteo, las vaharadas pestilentes que empujaba el viento desde la charca iban siendo cada vez más desagradables. El súbito croar de una rana, que sonó como un saludo a su llegada, le provocó un nuevo susto.

Cuando encendió los dos potentes focos e iluminó la charca, su inquietud aumentó. En primer lugar, era bastante más grande de lo que pensaba, y, en segundo, a primera vista el agua parecía bastante turbia, además de estar cubierta por multitud de plantas sumergidas y flotantes. Al zambullirse en el agua pudo comprobar que la dificultad iba a ser extrema: apenas tenía visibilidad, a pesar de que de su casco emergía una potente luz, y debía luchar constantemente para no enredarse entre los tallos. Sin reparar en

estos obstáculos, comenzó su metódica inspección del fondo.

Cuatro horas más tarde, extenuado, salió del agua con las manos vacías, los músculos de piernas y brazos agarrotados, dominado por el cansancio, el sueño y la decepción. Nada. No lo había encontrado. Todavía le quedaba por palpar, que no ver, la cuarta parte del fondo de aquel lodazal, pero comenzaba a temer que había hecho el viaje en balde. Quizá, estaba enterrado, o había pasado rozándolo sin llegar a sentirlo, o quizá, y esto lo enfureció, aquel tipejo le había engañado. Si era así, iba a arrepentirse amargamente.

Tras descansar durante media hora y recobrar el ánimo, se arrojó de nuevo a las frías aguas, buceó lentamente por el último tramo de su recorrido, rastreando minuciosamente con las palmas de las manos cada centímetro cuadrado, hundiendo sus dedos en cada hoyo y en cada planta. Y cuando ya había perdido toda esperanza, cuando su voluntad comenzaba a flaquear sin remisión, sintió un intenso dolor en su pulgar derecho al rozar una superficie afilada. Se lanzó como un felino con ambas manos sobre el objeto punzante, al que se aferró con fuerza; habría gritado de alegría en ese momento de no encontrarse bajo el agua y con los labios sujetos a la boquilla de respiración.

La superficie nacarada del mango brillaba bajo la luz del foco, no así la hoja metálica, que estaba recubierta por una pátina de suciedad y, lo que era más importante, manchada de sangre.

Satisfecho, guardó el cuchillo en una bolsa de plástico que cerró herméticamente y se dirigió a su coche. Solo le quedaba un paso para completar su venganza.

Héctor se despertó esa aciaga mañana, al igual que las anteriores, descansado y relajado, de buen humor y optimista. Y no es que hubiera habido progreso alguno, más bien al contrario, pero era precisamente esa calma chicha, ese transcurrir de los días sin novedad alguna, sin sorpresas ni emociones, lo que le hacía sentirse bien. Poco a poco se había ido acostumbrando a su reclusión casi monacal, en la que disfrutaba de una placentera rutina repetida día tras día: desayuno a las nueve, paseo por los fragantes jardines hasta las doce, sesión de terapia del loquero, comida, siesta, lectura y un par de horas de cine o televisión. Aparte de Jaime y el personal sanitario, no hablaba con nadie ni participaba en actividad común alguna. Si exceptuamos el corto periodo de tiempo anterior a su desaparición, cuando había rehecho su vida y encontrado a María, nunca antes se había sentido tan bien y tan en paz consigo mismo.

El tiempo había sido el mejor calmante, ya que en él se habían diluido los fantasmas de su mente. Seguía sin recordar nada, y el doctor Rocha todavía no sabía qué le ocurría, pero precisamente por eso se había convencido de que era inocente. Era bien cierto que la insidiosa inspectora había estado a punto de convencerlo tras haber encontrado el cadáver de aquella prostituta, y que lo había presionado ferozmente para obtener su confesión, algo que no podía conseguir, pues él no recordaba absolutamente nada. Ni una sola huella, ni un solo indicio, ni una sola pista apuntaba hacia él, así que, ¿por qué preocuparse? En realidad, los esfuerzos de Andrea habían provocado que las dudas que persistían en la mente de su presa se disiparan y desaparecieran por completo.

Héctor no entendía la tozuda cabezonería de la inspectora, aunque era algo que ya le traía sin cuidado. Allá ella y sus cuitas. Le resultaba evidente que aquel otro tipo, ni siquiera sabía cómo se llamaba, estaba interpretando una farsa, que había matado a la mujer, como indicaban todas las pruebas, y que después había desaparecido, huyendo de la justicia durante un año. Seguramente había leído en el periódico el extraño caso de un hombre al que se lo había tragado la tierra sin dejar rastro, y había aprovechado la ocasión.

¿Acaso no era evidente hasta para un tonto? Sin embargo, no hay peor ciego que quien no quiere ver, y Andrea creía a pies juntillas que él era el cerebro de la operación.

Por eso, la llegada de la inspectora fue para él tan inesperada como un rayo en un cielo despejado. Acompañada de tres recios policías, y sin mediar palabra, comenzó una salvaje inspección del habitáculo. Cajones, papeles y libros fueron arrancados sin misericordia del mueble y esparcidos por el suelo caóticamente. Héctor miró a Jaime con incompreensión.

–Tiene una orden de registro –le contestó.

Tras un frenético y angustioso minuto, la inspectora, agazapada y con la cabeza escondida en uno de los ahora vacíos compartimentos, lanzó un grito de triunfo. Primero emergió su cintura, después el pecho y la cabeza, y tras ellos sus dos delgados brazos. De sus dedos, sujeta por la pinza formada por el pulgar y el índice de la mano derecha, colgaba una bolsita de plástico herméticamente cerrada. Dentro había un cuchillo.

–Supongo que tampoco tiene ni idea de cómo ha llegado hasta aquí este objeto.

–No –dijo con voz quebrada. Su cara parecía un espectro.

–Me lo imaginaba –respondió la inspectora sardónica–. Sigues dispuesto a continuar la farsa. –Andrea observó con detenimiento la hoja del cuchillo a través del plástico enfangado–. Hay restos de sangre mezclados con el barro. Si los análisis confirman que pertenece a esa pobre muchacha, nada podrá evitar que le arreste esta noche. Así que recapacite y firme una confesión.

“¡Eres un asesino!”, dijo una voz en el cerebro de Héctor, cuya cara estaba blanca como la cera. Toda su fuerza de voluntad y su optimismo se habían roto como una frágil rama. Visiblemente descompuesto y alterado, Héctor parecía un guiñapo en su triste pose, recostado sobre el sofá, con la barbilla caída sobre el pecho y los ojos entrecerrados.

–Está bien –dijo sonriente la inspectora, que se regodeaba ante la patética situación de su rival–, volveré más tarde para encerrarlo. Vaya despidiéndose de estos bellos y acogedores jardines.

Una vez a solas con su paciente, Jaime frunció el ceño.

–Así que es verdad –gimoteó Héctor–. Soy un asesino, y he perdido la memoria porque no soy capaz de admitirlo.

De repente, lanzó un grito desgarrador. Después agarró la funda del

sofá, se la metió en la boca y la mordió con fuerza hasta sentir un intenso dolor por toda la mandíbula. Dos férreas tenazas lo agarraron por los brazos. Fuera de sí y con la boca ensangrentada, veía la imagen borrosa de Jaime Rocha, que se acercaba a él blandiendo una jeringuilla hipodérmica.

–Antes de hundirle en el reino de los sueños, contésteme una pregunta: ¿recuerda cómo llegó ese cuchillo hasta aquí?

–No, maldita sea. No recuerdo nada. Déjeme en paz y duérmame para siem...

Su voz se hundió en el pozo del sueño. Jaime se dirigió con rapidez a la recepción, el cuello tieso, las cejas enarcadas, los ojos brillantes y todos los músculos de la cara en tensión. Sabía que debía actuar con celeridad. Bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos y se acercó al mostrador del vestíbulo.

–Deme la hoja de visitas, ¡rápido! –le gritó a la recepcionista, una joven de pelo largo y lacio que bostezaba de aburrimiento.

Jaime pasaba las páginas nervioso examinando los registros. La chica, mientras, había pasado instantáneamente de la apatía al desasosiego. Con la cabeza gacha, observaba de reojo la frenética búsqueda de Jaime.

–¡Aja! –resopló–. Ha habido dos visitas fuera del horario permitido: una ayer por la tarde a la habitación 425, y otra hoy por la mañana a la 428. Si no me equivoco, ambas han caído en su turno, ¿no? –la imprecó. Después continuó sin esperar respuesta–: ¿Era el mismo visitante las dos veces? ¿Por qué le dejó pasar? ¿Y por qué no apuntó el nombre del visitante?

–Yo... Sí, era el mismo. Me dijo que era un familiar cercano... –La chica no pudo evitar romper a llorar asustada ante la súbita transformación de Jaime de médico calmado en león fiero. Nunca antes lo había visto enfadado.

–Está bien –se ablandó–. Séquese las lágrimas y sea más cauta a partir de ahora. No quiero que entre ningún visitante a ninguna de esas dos habitaciones sin mi conocimiento. ¿Está claro?

–Sí –balbució la chica.

–¿Le dijo su nombre el individuo? –Ella negó con la cabeza–. ¿Qué aspecto tenía?

–Era bastante joven, alto y apuesto, ni gordo ni delgado; llevaba el pelo engominado y peinado hacia atrás, su cara era alargada y algo chupada, la boca pequeña, la nariz recta y fina, los ojos verdes, la frente amplia. Vestía un traje elegante de color pistacho, corbata a rayas y llevaba puesto un sombrero

cordobés.

—¡Vaya! —dijo Jaime, ahora divertido—. Veo que se fijó muy bien en él. Vaya aprendiendo a no fiarse de las apariencias. Pero no se aflija, es usted joven.

Abandonó a la desolada recepcionista y volvió a la cuarta planta. Poco podía esperar de aquel tipejo de la 425, pero tenía que intentarlo. Seguramente no sabría el nombre del visitante intempestivo hasta pasadas tres horas, una vez que Héctor recobrarla la consciencia.

El sol había traspasado ya su cenit cuando me adentré en el laberinto arbolado. Caminaba despacio y con dificultad, sintiéndome pesado y torpe, pues todavía no me había recuperado de los efectos del sedante. Pero no tenía mucho tiempo, y no dispondría de más ocasiones de conversar con el asesino de la 425 antes de que mi amiga la inspectora viniera para llevarme al trullo por un crimen que no había cometido. ¡Y pensar que yo mismo había llegado a creérmelo!

Los floridos senderos estaban desiertos a esas horas. El silencio me acompañaba en la búsqueda de aquel farsante. Yo conocía bastante bien su horario de paseos, pues lo había estado vigilando desde que me enteré de su llegada al centro psiquiátrico, pero aun así no podía evitar temer que ese día hubiera variado sus costumbres. Necesitaba oír de sus labios la verdad, escuchar que él la había matado y no yo, desterrar la última sombra de duda de mi cerebro antes de que me detuvieran. Estaba tan furioso, tan fuera de mí, que si se resistía pensaba matarlo. ¡Así por lo menos iría justamente a la cárcel!

Mientras avanzaba arrastrando los pies, que me pesaban como si estuviera encadenado a bloques de granito, mi cerebro rebobinaba los últimos acontecimientos. ¡Cómo había sido tan ingenuo! Solo el letargo en el que se había sumido mi mente en las últimas semanas me exculpaba de mi idiotez. Cuando Pedro entró en mi habitación a horas intempestivas, luciendo una dulce sonrisa y derrochando simpatía, debí imaginarme lo peor. Tenía que haberlo echado de allí sin contemplaciones y sin darle oportunidad a decir una sola palabra.

El fuerte olor de su colonia pronto inundó cada rincón de mi habitación. Debía de haber vaciado un bote entero de una tacada. Con el pelo engominado, la raya del pelo formando una perfecta línea recta, su traje impecable libre de arrugas, los puños de su inmaculada camisa de seda sujetos por sendos gemelos de oro, parecía estar en una reunión de accionistas más que visitando a un paria social desmemoriado recluido en un manicomio. Sin embargo, y a pesar de mi estado de embobamiento, noté que su rostro desentonaba con el magnífico envoltorio que maquillaba su cuerpo. Tenía los

ojos rojos e hinchados, las mejillas magulladas y un labio partido. Se diría que había tenido alguna trifulca nocturna. Cuando me dio la mano, sentí el áspero roce del vendaje que recubría su palma y su dedo gordo.

Recordaba nítidamente cómo se sentó con una desagradable expresión cínica y comenzó su sarta de mentiras.

—Héctor, he venido a pedirte disculpas por mi actitud contigo el otro día. Fui muy injusto. —Como no le respondía, siguió hablando—. Te comprendo si recelas de mí, pero la situación ha cambiado: ahora estamos en el mismo bando.

—¿De qué me estás hablando? Yo no estoy en ningún bando.

—Me refiero a que ambos somos exnovios de María. Hiciste bien en dejarla, fue un acierto.

Dos sentimientos contrapuestos chocaron en mi interior cuando me levanté de un salto: enfado por su comentario y alivio por saber que María había roto el compromiso.

—Yo no la abandoné.

—De acuerdo, no te enfades. Ya sé que no recuerdas lo que pasó, y yo te creo; tan solo estaba planteando una hipótesis. En cualquier caso, nos hemos librado de una buena pieza.

Estaba consiguiendo cabrearme, algo que seguramente tenía planeado de antemano para desviar mi atención de su verdadero objetivo, que era vengarse de mí. No sé si fue por eso, solo sé que debía de estar ciego para no darme cuenta de que si María lo había dejado, Pedro cargaría su ira sobre mí, y que si había venido a visitarme, necesariamente estaría lleno de aviesas intenciones. Porque Pedro no entraba dentro del esquema del maltratador despechado que asesina a su mujer o novia al verse rechazado; o el del marido celoso que asesina a su competidor en un arrebato pasional. No. Su venganza sería de guante blanco, sutil y calculada. Buscaría un punto débil, calcularía los posibles riesgos, trazaría un plan detallado, y solo entonces actuaría, asestaría un golpe mortal que arruinara a su rival sin que a él le salpicara una sola gota.

Todo eso debía haberlo sospechado si no hubiera estado alelado. Pero le dejé entrar, le dejé abrir el armario donde depositó el cuchillo, el dedo que me acusaría de asesinato, y no comprendí la verdad hasta que Jaime me abrió los ojos. Bastaba sumar dos más dos para adivinarla: primero había visitado al bastardo de la 425, quien le había indicado dónde se hallaba el arma

homicida, después había ido a buscarla quién sabe a qué lugar, y, finalmente, me la había dejado como regalo de despedida. ¡Si por un momento se me hubiera ocurrido desconfiar, podría haberme salvado! Pero ya era tarde para lamentarme.

Estos pensamientos se desvanecieron al instante cuando doblé un recodo del camino y me encontré de bruces con el asesino de la 425, quien se encontraba plácidamente tumbado sobre la hierba y jugueteaba con una ramita, supongo que regodeándose a mis costa.

–Siento turbar tu descanso –le dije con ironía.

Al principio su rostro se contrajo en un gesto de extrañeza y sorpresa, aunque inmediatamente comprendió quién era yo, y una sonrisa se dibujó en su cara.

–¡Vaya, vaya! ¡Qué ilustre visitante!

–No voy a perder el tiempo con estupideces. Quiero oír la verdad.

Su burlona mueca no se alteró una micra al escucharme. Permaneció inmutable mientras mordisqueaba la ramita con sus dientes amarillentos. Sin duda, ese hombre bastaría para justificar el dicho “La cara es el espejo del alma”. Cientos de arrugas surcaban las mejillas y la frente, que parecía estar cosida por múltiples cicatrices que a duras penas mantenían la curtida piel unida, tenía la nariz doblada y chafada de un boxeador, y su rostro abotargado le hacía sensiblemente más viejo de lo que era en realidad. A pesar de la sardónica sonrisa, su expresión apagada y sombría era el reflejo de la conciencia atormentada de un criminal.

–¿Tú la mataste, verdad? Y ahora pretendes endosarme el crimen.

–Comprendo tu enfado. Sin embargo, ya nada puedes hacer: estás condenado. Así que, si no te importa, me gustaría estar a solas.

–Entonces, ¿lo reconoces?

–Sí, yo lo hice. ¿Estás contento? –me gritó–.Y ahora, ¡lárgate!

La sangre me hervía en las venas, pero me contuve. De nada me serviría descargar mi furia sobre él.

–No tan deprisa. Primero contestarás a todas mis preguntas. ¿Qué hay de tu amnesia? Ha sido un ingenioso truco, lo reconozco. ¿Lo has hecho para poder estar cerca de mí?

–Me halaga que me creas tan hábil, de verdad.

–No pretenderás hacerme creer que no finges.

–Me trae sin cuidado que me creas o no. Al fin y al cabo eres carne de

cañón. Yo estaba en el bosque aquella noche y os estaba vigilando cuando te vi desaparecer, así que tuvisteis suerte, ya que mis intenciones no eran muy rectas.

—¿De qué estás hablando?

—¿Tengo que explicártelo? Tu novia era muy guapa, y yo tan solo hubiera necesitado deshacerme primero de ti.

No me podía creer que me soltara como si nada cómo planeaba asesinarme.

—Así que puedes sentirte afortunado de seguir vivo, aunque sea para pasar unos cuantos años a la sombra. —Se detuvo y rio sonoramente antes de continuar su historia—. Yo te iba siguiendo a una distancia prudencial cuando, de repente, desapareciste ante mis ojos. Y me asusté, lo reconozco. Pensé que me habías visto y me habías dado esquinazo. Así que fui tras tus pasos con cautela, mirando a derecha e izquierda, temiendo que en cualquier momento te abalanzaras sobre mí. Sí, ya sé que estás pensando que soy un cobarde cuando no me encuentro en posición ventajosa. Es verdad, y es algo que no me preocupa en absoluto. Lo único que me interesa es mantener íntegro mi pellejo.

A pesar del fuego que ardía en mi interior, permanecí callado, esperando el final del relato.

—Y aún me pregunto por qué diablos tuve que seguirte. Llegué al lugar donde te había visto esfumarte. Me acuerdo perfectamente del sitio. ¡Para nosotros solo han pasado varias semanas desde entonces! Los dos inmensos pinos sobresalían sobre el resto, altos y esbeltos; formaban una cúpula verde al mezclarse y enredarse sus ramas. El suelo estaba repleto de piñas, unas cerradas, otras abiertas y reseca. Había también muchas ortigas. Sí, de eso es imposible no acordarse. Me estuvieron curando el escozor de los tobillos durante varios días.

Me sobresalté.

—¿Te refieres a que te curaron las heridas en este hospital?

—Exacto.

—Te recuerdo que cuando te ingresaron había transcurrido un año.

—A mí me trae sin cuidado si ha transcurrido un año o medio segundo.

No voy a malgastar mis neuronas en buscar explicaciones a nada. Estoy vivo y me voy a librar de la cárcel. Es lo único que me interesa.

Una idea absurda nació en mi cerebro, pero no podía darle crédito. No

todavía.

–Antes de cruzar aquel umbral, miré hacia arriba, escudriñé las ramas por si te habías encaramado a ellas, dispuesto a saltar sobre mí. Como no vi nada extraño, seguí adelante. Y entonces te vi. O mejor dicho, primero te oí. Gritabas el nombre de tu novia. Parecías perdido y muy alterado. Comprendí enseguida que la estabas buscando, lo que me enfureció, pues significaba que mi presa había volado. Por un momento pensé en ofrecerte mi ayuda amablemente, sin ningún ánimo altruista, obviamente. Pero el tiempo se había vuelto frío de repente, y la paciencia no es una de mis virtudes, si es que tengo alguna, así que mi interés por ti desapareció por completo. Di media vuelta y me largué.

En ese momento yo había comprendido cuál era la verdad, aunque todavía no era capaz de digerirla.

–Y ahora es momento de despedirnos, amigo mío.

Dicho esto, se levantó de un salto y se lanzó de cabeza sobre unas zarzas espinosas, en las que se revolcó unos segundos. Salió de allí con la cara ensangrentada y cubierta de espinas y comenzó a gritar pidiendo auxilio, aullando mi nombre a los cuatro vientos. Instantes después aparecieron cuatro celadores armados de porras de gomaespuma. Comenzaron a golpearme salvajemente, a pesar de que no ofrecí ninguna resistencia. Cuando se cansaron, me pusieron una camisa de fuerza y me llevaron a rastras hasta mi cubil, donde me arrojaron sin contemplaciones.

Y allí me quedé, tendido en el frío suelo, recordando una y otra vez las palabras de aquel tipo hasta convencerme completamente de que había descubierto la verdad, por inverosímil que pareciera. Después me dormí.

Desperté cuando una mano cálida me palpó la frente, humedecida por un sudor frío. Me sentía horriblemente mal, con náuseas y escalofríos. Los efectos secundarios del sedante, supuse. Aunque intenté abrir los ojos, me era imposible enfocar la vista. Todo era borroso e inconexo. Por si eso fuera poco, seguía maniatado por la camisa de fuerza, que atenazaba mis brazos sin piedad. Volví a cerrar los ojos mientras alguien me liberaba de la camisa y me pasaba un paño húmedo por la cara. Pasados unos minutos, la neblina comenzó a disiparse, y el contorno de un rostro conocido se fue formando en mi retina. No podía creerlo: era María.

—No tenemos mucho tiempo. Ponte esto —me dijo con voz gélida. Al mismo tiempo me lanzó una bata blanca, una mascarilla y un estetoscopio—. Date prisa si quieres que te saque de aquí. La policía no tardará en llegar.

—¿Puedes explicarme...? —comencé a decir balbuceando.

—Te repito que no tenemos tiempo. Vístete —me cortó con voz imperiosa.

Quizá, no eran más que imaginaciones mías, o quizá simplemente veía lo que quería ver, pero tras aquella máscara de piedra que María llevaba puesta creí atisbar, mientras me ponía la bata, un ligero destello en sus ojos, un brillo que interpreté como un recuerdo escondido de sus antiguos sentimientos.

Con torpeza y lentitud, acabé de ponerme la bata y la mascarilla. Después me colgué el estetoscopio del cuello y salí de la habitación trastabillando, sin saber muy bien qué estaba haciendo ni por qué. Sin embargo, no me importaba. Volver a tener a María a mi lado me parecía un milagro, un sorprendente regalo que me hacía sentirme inmensamente feliz. Me hubiera dejado arrastrar por ella al mismísimo infierno.

Avanzamos por el pasillo bajo la mirada inquieta de los ojos de buey, que emitían una pálida luz ligeramente azulada. Sometido todavía al peso de los sedantes, a mi cuerpo contusionado le costaba un inmenso esfuerzo mantenerse erguido. Me habría caído al suelo en un par de ocasiones si María no me hubiera sostenido con firmeza. A pesar de su frialdad y su mirada glacial, yo seguía observándola embobado por el raballo del ojo.

Llegamos al descansillo con gran esfuerzo. Todavía no se había cruzado nadie en nuestro camino, lo que era un alivio. ¿Acaso alguien podría creer que éramos parte del personal sanitario? Si bien habíamos conseguido camuflar con pericia tras la mascarilla los moratones y rasguños de mi magullado rostro, era imposible ocultar el brillo febril de mis ojos o mi andar renqueante.

—Trata de mantenerte erguido o no saldremos de aquí —me espetó María con voz enfadada. A mí, sin embargo, su voz me sonaba a música celestial.

Terminé de enderezar mi dolorida columna justo en el momento en que las puertas del ascensor se abrieron. Por desgracia, este no estaba vacío. Dos enfermeras empujaban un carrito repleto de medicamentos, agujas, gasas, jeringuillas, toallas y pijamas. Ambas detuvieron su despreocupado parloteo nada más vernos. Una de ellas, una mujer alta y fornida, fijó en mí una mirada recelosa, como si me hubiera reconocido. La segunda, una chica bajita y menuda, desvió la vista hacia María. Durante dos interminables segundos, todos los gestos de las dos mujeres pasaron por mi mente como fotogramas de una película a cámara lenta. Sentí que todo estaba perdido, que ni siquiera tendría la fortuna de disfrutar de unas horas de compañía con mi amada antes de pudrirme en la cárcel. Observé aterrorizado cómo los labios rojo carmesí de la chica menuda se abrían dispuestos a dar la voz de alarma, a delatar nuestra inútil evasión. El pánico casi consigue hacerme doblar las piernas y caer desplomado.

—Buenos días —dijo con voz dulce—. Ustedes deben de ser los doctores que están hoy de visita en el centro. Sean bienvenidos. Jaime los espera en recepción algo nervioso. Parece que alguien les ha hecho extraviarse.

La enfermera alta se dirigió entonces a mí.

—Jaime nos ha dicho que está usted muy fatigado por exceso de trabajo. Pero se ha quedado muy corto el hombre. Perdona mi sinceridad, pero tiene un aspecto horroroso, como si le hubieran propinado una paliza de aquí te espero. Vaya con cuidado o caerá enfermo, no vale la pena.

Aliviados y sorprendidos a un tiempo, esperamos hasta que el chirrido de las ruedas se perdió en la lejanía junto a las voces dicharacheras de las enfermeras. Después arrastré mis pies cansados hasta el interior de la cabina, sintiéndome esperanzado y temeroso a un tiempo bajo el manto de agotamiento nervioso que me envolvía y que amenazaba con dejarme sin fuerzas para

continuar la huida. Una huida que, por otra parte, yo consideraba inútil y absurda, pero que cobraba sentido por la presencia de María, porque era ella quien la había puesto en marcha.

Mientras el ascensor descendía hacia la planta baja, las palabras de las dos enfermeras volvieron a mi cerebro. ¿Habían dicho que Jaime nos esperaba? ¿Que nosotros éramos doctores visitantes? ¿Eso acaso significaba...? Sí, estaba claro como el agua. Jaime Rocha había planificado mi evasión y María le estaba ayudando. Pero, ¿por qué arriesgaba su reputación y su carrera por un chalado como yo?

Mis pensamientos se desvanecieron al detenerse la cabina en el primer piso. Mis débiles piernas estuvieron a punto de ceder y hacerme caer cuando mi celador entró distraído en el ascensor y se situó a mi lado. Una vaharada de frío terror recorrió cada rincón de mis doloridos huesos. Aquel hombre maduro, de pelo gris y mirada felina, curtido tras años de duro trabajo, cumplía a rajatabla y sin titubear con sus obligaciones, como yo sabía por mi propia experiencia. Me sacaba una cabeza de altura, era recio y amplio de espaldas, amén de contar con unos brazos musculosos y despiadados que yo bien recordaba por haberlos sufrido en mis carnes.

Estaba seguro de que me miraba, si bien yo no podía saberlo, pues no me atrevía a girar la cabeza un milímetro. Me tenía que haber reconocido al instante, y había decidido jugar al gato y al ratón conmigo. En cuanto el ascensor se detuviera, me atraparía con sus zarpas y me llevaría de nuevo a mi celda. Una gota de sudor comenzó a resbalar por mi frente, atravesó la ceja y alcanzó la pestaña. Mi brazo no respondía a ningún impulso, así que tuve que aguantarme y soportar el molesto picor en el párpado.

Una ola de nerviosismo me envolvió cuando el ascensor deceleró y se posó suavemente sobre el suelo. Sentí cómo se me revolvía el estómago y el latigazo de una violenta arcada. Fue un milagro que no vomitara durante los interminables segundos que tardaron las puertas en abrirse.

Ante mis ojos se abría el amplio vestíbulo, que a esas horas se encontraba bastante concurrido. Sin embargo, mi vista, repentinamente nublada, apenas alcanzaba a percibir borrosas figuras que se movían con celeridad por la sala. Mis oídos, taponados, solo captaban un ligero rumor de fondo apenas perceptible. Mi olfato, en cambio, no parecía haber perdido sus facultades, ya que mi nariz se veía castigada por el olor acre de mi cruel carcelero. Seguramente, él ya había sentido la adrenalina que emanaba mi

cuerpo, y estaba dispuesto a enseñarme los dientes en cuanto diera un solo paso hacia la salida.

Di uno, dos, tres pasos renqueantes, y ¡nada ocurrió! Mi aterrador guardián nos dejó atrás y se acercó al mostrador sin tan siquiera mirarme. El escenario por el que me movía seguía siendo una desdibujada mancha tachonada de figuras móviles, por lo que mis pies, temerosos de tropezar, efectuaban un torpe avance. La puerta de entrada al centro se me antojaba una meta inalcanzable, una débil luz apagada al final de un interminable túnel, la ansiada recompensa después de atravesar un inmenso erial.

–Muévete con más naturalidad o nos van a descubrir –me susurró María con enfado.

La voz de María despejó mis sentidos y dio vigor a mis piernas. Solo debía realizar un último esfuerzo para volver a estar a solas con ella, para disfrutar de su compañía una vez más. Quizá, pensé con amargura, la última vez. Pero, sobre todo, disponía de una última oportunidad de demostrarle mi inocencia, de que ella volviera a confiar en mí como hacía... ¿un año?, ¿dos meses? ¡Todo era tan confuso!

Recorrimos el vestíbulo con rapidez y sin despertar sospechas. Cerca de la salida Jaime Rocha nos recibió con su sempiterna sonrisa bonachona dibujada entre los pliegues de su abultada barba rubia, una máscara de tranquilidad y confianza a la que traicionaban sus ojos verde esmeralda, que brillaban nerviosos y tensos.

El sonido ululante de la sirena de un vehículo policial rompió súbitamente la armonía de aquella noche sombría. Jaime no perdió la compostura.

–¡Ah! Están aquí –exclamó casi gritando–. Los estaba buscando.

–Nos hemos perdido en este laberinto de pasillos –replicó María con voz átona.

–Supongo que estarán cansados. Los acompañaré hasta el coche.

Abrió la puerta dispuesto a consumir mi evasión.

En ese momento el contorno de la figura de Andrea se dibujó ante mis ojos. Su rostro de rasgos infantiles estaba coronado por su rojiza cabellera, que era la melena de un león fiero y hambriento. Vestía un elegante traje de color verde oscuro, seguramente elegido para la solemne ocasión de mi detención. Alrededor del cuello llevaba anudado un pañuelo estampado. A su derecha, casi pegado a ella, se movía un policía vestido de paisano de baja

estatura y pelo cobrizo. Parecía impaciente y algo disgustado. A su izquierda la inspectora gozaba de la escolta de una policía uniformado.

Andrea sonrió. Era una sonrisa triunfal, reflejo de la alegría que sentía en el momento de una victoria lograda tras meses de duro trabajo e inmensas frustraciones. Y allí estaba yo, a su lado, dispuesto a aguarle la fiesta. Casi sentí lástima de ella. Si por un momento se le hubiera pasado por la mente que yo pudiera encontrarme allí, estoy seguro de que me hubiera reconocido debajo de mi máscara.

Extrajo de su bolsillo un papel doblado en dos, lo desdobló y lo blandió delante de Jaime Rocha.

–Aquí tengo la orden de detención. Puede dar el alta a su paciente.

La sonrisa de Jaime se agrandó. Terco como siempre, agarró la hoja y leyó su contenido con parsimonia. Después la volvió a doblar y se la tendió a la inspectora, cuyos ojos echaban chispas.

–Ahora se podrá dedicar a algo más útil, como curar a pacientes realmente enfermos, y no a farsantes –continuó Andrea con voz impregnada de resentimiento.

–Es todo suyo, inspectora –replicó Jaime, lacónico.

Mi carcelero apareció de pronto y con tanto sigilo que di un respingo. Se colocó justo delante de mí, por lo que mi corazón comenzó a latir a gran velocidad.

En los siguientes segundos nada ocurrió. Un silencio empapado de tensión impregnaba el ambiente. Mi corazón estaba a punto de salirse del pecho.

–¿Vamos a acabar con esto de una vez o pretendes que nos quedemos aquí plantados? –ladró el individuo bajito y gris con ruda impaciencia–. Aún albergo la esperanza de una cena romántica en Los Gallegos a la luz pálida de las velas.

–¿No va usted a guiarnos, doctor? –preguntó Andrea sin hacer caso a su compañero.

–No va poder ser, a mi pesar. Tengo obligaciones inexcusables como cicerone de mis dos colegas –dijo refiriéndose a nosotros dos–, pero el celador los acompañará inmediatamente.

Mi carcelero se giró presto a cumplir el mandato. En ese instante sus ojos se posaron sobre los míos, abiertos como platos, y su rostro se contrajo en un rictus de asombro y sorpresa. Su primera reacción le llevó a alzar los

brazos y cerrar los dedos de ambas manos hasta quedar armado con dos férreos puños que yo conocía muy bien, para mi desgracia. Después, sin embargo, un gesto imperceptible de Jaime Rocha le hizo contenerse y volver a relajar sus musculosos brazos. Comenzó a andar y se alejó acompañado de los tres policías en dirección al ascensor.

Unos minutos más tarde el vehículo en el que viajábamos, que se había alejado ya unos trescientos metros del hospital psiquiátrico, derrapó ligeramente al tomar María la curva a excesiva velocidad. En ese momento la sirena de alarma inundó el área circundante con su estridente sonido.

Me había evadido de mi prisión. No podía creerlo.

El fuego crepitaba en el hogar sobre las brasas ardientes. Las llamas azuladas me envolvían con su cálido aliento, proporcionando calidez no solo a mi cuerpo aterido, sino también a mi torturada mente, anestesiándola y haciéndole olvidar los problemas.

Mientras degustaba un exquisito té de canela y me deleitaba con su agradable aroma, me entretenía echando pequeñas ramitas al fuego, que protestaba con súbitas llamaradas. Con el rabillo del ojo vigilaba la puerta entreabierta del salón-dormitorio, que conducía a un pequeño corredor por el que se llegaba a la cocina. Eran las dos únicas habitaciones de la pequeña casita. Yo esperaba impaciente y tenso a que apareciera María de un momento a otro. Tenía la ciega esperanza de que el calor del hogar derritiera la capa de hielo que cubría su rostro y me impedía disfrutar una vez más de su dulce sonrisa.

Prácticamente no habíamos hablado durante el frenético trayecto de huida. Me sorprendió su sangre fría y su pericia para la conducción casi temeraria. En ningún momento había perdido la compostura, ni siquiera cuando el rugido amenazante de las aspas de un helicóptero policial pendía sobre nuestras cabezas y los focos amarillentos barrían desde la cabina las carreteras en nuestra búsqueda.

La puerta chirrió sobre sus goznes. María entró. Su máscara pétrea no pudo ocultarme su tristeza, reflejada en el espejo de la mirada compungida y los ojos vidriosos. El colorete y el maquillaje tampoco habían borrado por completo las huellas de sus lágrimas. Todavía no conseguía acostumbrarme a los rizos castaños.

Se sentó enfrente de mí. El cuero del sofá crujió bajo su peso.

–Tenemos que hablar. –En su voz dominaba el desánimo.

–Sí.

Después, paradójicamente, callamos. Un muro invisible nos separaba a años luz.

–Quiero dejar claro que te he ayudado, convirtiéndome en tu cómplice, solo porque el doctor Jaime Rocha me lo ha pedido –dijo al fin–. Esto es una locura, pero confío en ese hombre, y sé que no hubiera actuado así de no tener razones de peso.

–Y, sin embargo, tienes dudas de que pueda estar en un error.

Su rostro se endureció. Tenía las mejillas arreboladas.

–¡Claro que tengo dudas! ¿Cómo no voy a tenerlas? ¿Acaso crees que es fácil fiarme de ti? Me abandonaste en el bosque, desapareciste durante un año, y, además, eres un fugitivo de la justicia buscado por el asesinato de una mujer.

–Está bien, no levantes la voz, por favor –la corté estremecido.

De nuevo el silencio, intangible y cruel.

–¿No pensarás...? –Las palabras no me salían de la boca–. ¿... ni por un momento...? –Tragué saliva–. ¿... que yo pueda hacerte daño? ¿Verdad?

Se quedó mirando al suelo, sin responder. Y eso era una dura respuesta.

–Te juro que nunca te haría daño. Te amo, daría mi propia vida por ti.

Sus mejillas habían perdido algo de color. Ahora estaban ligeramente sonrosadas.

–Eso solo son palabras –respondió con voz átona y fría. Me esperaba una difícil batalla.

–¡Me duele tanto que me tengas miedo! –dije exasperado–. Vayamos ahora al bosque, encontremos ese maldito sitio y te demostraré la verdad.

–Ya te he dicho que no, y es mi última palabra. ¿Crees que estoy tan loca como para ir contigo al bosque de noche? En la oscuridad solo conseguiríamos perdernos y...

Calló de nuevo sin concluir la frase, aunque yo bien sabía lo que no había dicho.

–¿Por qué me sacaste del hospital y me has traído a tu casa entonces?

–Ya te lo he dicho. Jaime me lo pidió.

–¿Y no puede haber algo más aparte de eso?

–Sé lo que intentas insinuar, y te agradecería que no sigieras por ese

camino.

Suspiré.

–Está bien. ¿Cómo te convenció Jaime? Tuvo que darte una prueba convincente de mi inocencia.

–Él está convencido, desde luego. Sin embargo, no es completamente imparcial, ya que resulta evidente su rivalidad con Andrea. Está deseando que ella esté equivocada.

Las llamas que lamían el grueso tronco parecían languidecer. Removí las brasas con el atizador tratando de obtener fuerzas para continuar.

–Verás –comencé–, he sido víctima de un complot para hacerme parecer culpable del crimen. ¿Sabes que el otro día vino a visitarme tu exnovio?

La última palabra me quemó las entrañas. María me miró envarada.

–Es lo que me ha dicho Jaime. Él cree que Pedro dejó en el armario el arma del crimen para inculparte.

–Exacto, eso es lo que pasó –exclamé aliviado–. ¡No sé cómo no sospeché de él de inmediato! Resultaba tan zalamero y falso. ¿Cómo pudiste juntarte con él?

–¿Quién te has creído que eres para juzgarme? Estaba destrozada tras meses de inútil espera, y mi familia también. Quise hacerle un regalo a mi padre y darle lo que él quería. Y fue un error, por supuesto. Pero no estamos aquí para hablar de mí, sino de ti. –Su voz sonaba algo más calmada–. Aun suponiendo que todo eso fuera verdad, sigues sin poder explicar tu desaparición.

–Ya te he dicho que sé lo que pasó. Y, cuando tú lo sepas, lo comprenderás todo.

–¿Y por qué no me lo cuentas y acabamos con la incertidumbre?

–Te repito que no me creerías. Me tomarías por loco definitivamente, o pensarías que me burlo de ti. Y entonces todo estaría perdido.

–No me ayudas en nada para que pueda confiar en ti –dijo con un deje de tristeza.

–Solo cuando lo veas con tus propios ojos, me creerás y me perdonarás. Es lo único que me hace falta. Por desgracia, al mismo tiempo te perderé definitivamente.

María me miraba perpleja. Comprendí que era mejor no seguir hablando del tema.

–¿Cómo te ha ido este año en la universidad? –le pregunté. Los músculos de su rostro se habían relajado; la escarcha de su piel se había derretido, convertida en ríos salados que fluían por las perladas mejillas. Sus labios se habían sellado en un gesto triste, melancólico, impregnado de desesperanza. Su respiración era entrecortada.

–Bastante mal. –La conversación iba de mal en peor. Todo por culpa mía–. ¿Sabes que Jaime estuvo conversando mucho tiempo con ese criminal...?

–¿Con Sergio Coll? –la corté excitado.

–Sí. Le dijo muchas cosas, le contó algo que nunca repetiría ante un tribunal. –Me erguí sobre el sofá ansioso–. Según dice, él estaba presente en el momento de nuestro desencuentro, ya que nos estaba siguiendo. ¡Pretendía violarme! –Se echó las manos a la cara–. Y dice que fui yo quien desapareció, que tú me buscabas.

–Entonces me crees –exclamé.

–Jaime te cree. –Calló tres interminables segundos–. Te he traído a este refugio, estoy corriendo grandes riesgos por ti. Y eso son solo las palabras de un criminal.

Tenía razón. Pero no me creía, y eso hacía que el pecho se me partiera en dos.

–Necesito que sepas la verdad. Después, puede partirme un rayo –le dije con sinceridad.

Acostado en el sillón de dos plazas, con las piernas encogidas, incómodo, y con la imagen de las brasas ardientes aún bailando en mi retina, traspasé el umbral de la vigilia y me dormí.

Tuve un sueño inquieto, cercano a una pesadilla. Mis recuerdos son muy vagos, pero sé que sentía miedo. Corría, huía de alguien, aterrorizado. Me perseguía mi propio miedo, y yo no quería que me alcanzara. Entré en una playa de arena, me hundí en un hoyo y me caí de espaldas. El cielo estaba nublado, cubierto de negras nubes. Un relámpago iluminó el cielo, ocupando el lugar del sol ausente. Un trueno retumbó en la lejanía. Después una gota me cayó en la frente, otra en la mejilla, otra en el labio. La gota estaba salada. Había caído del cielo, pero no era una gota de lluvia, y supe enseguida que era una lágrima.

Me desperté sobresaltado. Mis labios estaban húmedos y sabían a sal.

Dedos de seda recorrían mi cara, mi cuello y mi pecho. Una boca suave me besó. A la tenue claridad de las brasas distinguí el contorno de un rostro. El cuerpo desnudo de María se aplastó contra el mío, nos entrelazamos y nos fundimos en solo ser.

–Despidámonos como es debido –me susurró con dulzura.

En aquellas deliciosas horas experimenté un placer terriblemente doloroso, una inmensa alegría impregnada de tristeza, una victoria amarga, una suave placidez anegada de nerviosismo, la felicidad absoluta embriagado de desdicha. Me sentía como un alpinista que conquista la cima más alta y difícil, que llega a alcanzar su objetivo más codiciado, su reto más importante, a sabiendas de que a continuación se despeñará inexorablemente por un abrupto precipicio sin retorno.

No había vuelta atrás. Al día siguiente nos enfrentaríamos de cara con la verdad. Si yo estaba en lo cierto, María sabría que yo no la había engañado, comprendería que yo, al igual que ella, era una víctima de un destino aciago. Y entonces me perdonaría, volvería a verme con ojos inocentes y dulces. Unos ojos que yo no volvería a ver.

Pero, si estaba equivocado... Entonces... Me volví a dormir tratando de evitar esos pensamientos.

El día amaneció soleado y fresco. Era un día tranquilo, apacible, sin viento, un día perfecto de otoño. Héctor pensó que podía ser un buen presagio. Sin embargo, su historia no podía tener un buen final, y eso ya lo sabía. Su magullado cuerpo se había convertido en un manojo de nervios, ahora que el momento de la verdad se acercaba. Necesitaba acabar con una incertidumbre que estaba exprimiendo sus últimas fuerzas. Inocente o culpable, sano o loco, sincero o falaz. Precisaba de un veredicto. Y la respuesta se encontraba en ese maldito bosque que lo había condenado injustamente.

Existía, por supuesto, una tercera posibilidad, un triste final de aventuras en el que no quería pensar. Si no conseguían llegar a su destino, si la inspectora lo atrapaba antes, nunca sabrían la verdad; ni María ni él mismo.

El semáforo se puso en verde. María arrancó tras el instantáneo pitido del coche a sus espaldas, un deportivo biplaza de un rojo chillón y hortera. Los adelantó por la izquierda con brusquedad mientras el conductor hacía aspavientos con la mano derecha. Después se perdió en la lejanía a una velocidad que triplicaba la máxima permitida. Se detuvo en seco trescientos metros más adelante, en el siguiente semáforo. El frenazo inundó el aire de un desagradable olor a goma quemada.

Abandonaron el núcleo urbano sin contratiempos. Cuarenta largos kilómetros de tránsito por la carretera comarcal los separaban de su punto de destino.

En la sala hacía un calor sofocante. Jaime Rocha sudaba bajo la luz de los potentes focos halógenos. Por primera vez en su vida se hallaba en el bando opuesto, en el de los débiles, los interrogados, los estudiados y analizados, en el bando de aquellos cuya cordura o buena fe se ponía en entredicho. Jaime se mesó la larga barba en un gesto maquinal y cotidiano, un tic nervioso del que no conseguía curarse. Tras perder a su paciente, sus ojos habían perdido la chispa de las últimas semanas. La apatía lo dominaba de nuevo.

Delante de él, sobre la mesa color caoba, apiladas en tres resmas, yacían decenas de cuartillas. Sobre cada montón Andrea había colocado con cuidado varios pisapapeles de color ámbar. Jaime todavía no comprendía por qué.

Al levantar la mirada, sendos rayos invisibles provenientes de los inquisitivos ojos negros de la inspectora, sentada enfrente de él, lo taladraron. Su melena rojiza parecía haberse hinchado, sus rizos se entrelazaban desordenados, los músculos de la cara permanecían tensos. Paradójicamente, los rasgos infantiles de su rostro se habían acentuado, y a pesar de ello daba más miedo si cabe. A su lado, de pie, se encontraba el subinspector Martínez, quien se frotaba los nudillos amenazadoramente con cara de malas pulgas.

–Le estoy ofreciendo más de lo merece. ¿Va a ayudarme a encontrarlo?
–dijo la inspectora.

Jaime no respondió.

–Sabe que lo atraparé antes o después, no tiene dónde esconderse. – Jaime sonrió con ironía. No había rastro de su habitual semblante apacible y bonachón. Andrea lo miró con recelo e indignación–. Y le estoy ofreciendo archivar su expediente a cambio de información. Confío en que todavía quede algo de dignidad en usted.

–Mi dignidad está intacta, se lo aseguro, y me dice que nunca ayude a capturar a un inocente.

–¡Vamos! Eso tendrá que decidirlo un tribunal. ¿Va usted a arruinar su vida para que un asesino eluda la justicia? ¿Qué clase de psiquiatras tenemos en este país? –Andrea había elevado de forma gradual su tono de voz.

–No va a intimidarme con sus trucos. Ni usted ni su matón. Además, si tan segura está de que lo va a capturar, ¿para qué me necesita?

–Resulta, amigo mío, que la hija de un influyente concejal, futuro alcaldable, le ayudó a escapar y, no contenta con eso, lo está escondiendo. Su padre está muy enfadado, y mi cabeza peligrará si no los encuentro pronto. Así que necesito información ahora, ¡y usted es el único que la tiene! –gritó la inspectora dando un puñetazo sobre la mesa.

–Aunque quisiera, y no quiero, no puedo ayudarle. No tengo ni idea de dónde puedan encontrarse.

Andrea tenía delante de ella tres bolígrafos de colores verde, amarillo y rojo, formando tres líneas paralelas casi perfectas. Agarró el bolígrafo verde y lo puso aparte. El esbirro rechoncho alzó el primer bloque de cuartillas y lo

dejó caer en la papelera. Después volvió a su pose hierática.

–Ya sabe que me gusta el orden. La ley y el orden, para ser más precisos. Ha sobrepasado la línea verde, lo que significa que ha perdido su oportunidad de salir indemne de este asunto. Está en la zona amarilla. ¡Precaución!

–Estoy impresionado, inspectora. ¿Representa este numerito con todos los arrestados? ¿O merezco un trato especial? –La sonrisa bonachona se dibujó por primera vez en su rostro–. ¿Por qué no complace a su amigo y deja que la invite a cenar? A lo mejor así se le pasan las ganas de golpearme. Quizá usted se relaje y cambie su visión de la vida

–¡Basta! –gritó Andrea–. Nada de trucos de psiquiatra conmigo, se lo advierto. Usted ha analizado a ese criminal durante semanas, por lo que, dada su cualificación, seguro que se imagina su escondite, si es que él no se la dijo.

–Vaya, un cambio de táctica. Ahora trata de halagarme.

–Se lo pregunto por última vez. ¿Sabe dónde se esconde Héctor?

–Es posible.

–Está agotando mi paciencia. –Andrea agarró el boli amarillo–. Aún puede obtener algún beneficio. –De repente enarcó las cejas–. Un momento. Antes, cuando he dicho que Héctor no tenía donde esconderse, usted ha sonreído burlonamente. Así que sí existe ese lugar, ¿no?

–Muy lista, inspectora. Podemos intercambiarnos cumplidos sobre nuestras habilidades profesionales.

–Va a pagar caras sus burlas. ¿Cuál es ese escondrijo secreto? –Andrea abrió los ojos desmesuradamente–. ¡Ajá! Ahí es donde ha permanecido escondido durante el año de su desaparición, ¿no?

–Yo ya le he explicado mi teoría sobre todo este asunto. Además, solo puedo hacer conjeturas, y si me equivoco, me acusará de haberla engañado.

–Entonces su veredicto dependerá de su habilidad para acertar. Es justo, ¿no?

–Está bien. Se lo repito, su escondite es el futuro.

Andrea dejó caer el bolígrafo amarillo. El segundo grupo de cuartillas cayó pesadamente sobre el primero.

–Y el suyo va a ser la cárcel, payaso. ¿Acaso piensa que me voy a creer una sola palabra de todo ese absurdo galimatías que se ha inventado? O intenta tomarme el pelo o se ha vuelto tan loco como sus pacientes.

–Le he dicho la verdad. Haga lo que quiera con ella. Ayer no vio a

Héctor cuando lo tenía delante de sus narices y hoy no ve lo evidente. Es un fenómeno muy interesante y típico en psicología: no se ve lo que se ha excluido de antemano en el cerebro.

–Llévatelo, Martínez, ¡y elige la peor celda! Después hazme un resumen de lo que ha dicho el otro sujeto.

–¡Bah! Poca cosa. Algo así como que el criminal siempre regresa al lugar del crimen.

Andrea dio un respingo.

–¡Claro! ¿Cómo no lo he pensado? Te has ganado una cena en Los Gallegos. ¡Vámonos!

A medida que los kilómetros se desgranaban, la tensión nerviosa, puesta de manifiesto internamente en el hormigueo incesante de su estómago, los dientes fuertemente apretados y el acelerado palpitar de su aorta, y externamente en su intento constante por devorarse los nudillos, consumía a Héctor minuto a minuto. Mientras, María conducía como una autómatas, con la mirada fija en la carretera y la cara seria e inexpresiva, como si la noche anterior hubiera sido tan solo una tregua pasajera.

La carretera comenzó a culebrar, a formar meandros de curvatura cada vez más pronunciada que obligaban a María a frenar constantemente. Poco a poco, los últimos vestigios de la civilización habían ido desapareciendo del paisaje, dando paso primero a un terreno agreste y después a una zona boscosa que se hacía a cada segundo más densa en arbolado.

Habían recorrido tres cuartas partes del trayecto cuando se toparon en su camino con un deportivo rojo que circulaba con lentitud. La falta de visibilidad por las continuas curvas de la carretera, así como la línea continua que prohibía la acción de adelantamiento, obligaron a María a pisar el freno y situarse detrás de aquel vehículo, el mismo que hacía poco tiempo los había adelantado a gran velocidad en el semáforo.

Así continuaron durante cinco kilómetros, hasta que una larga recta dio la oportunidad a María de comenzar el ansiado adelantamiento. Tras dejar una distancia prudencial, invadió el carril contrario y aceleró. Sin embargo, segundos más tarde no había conseguido ganar un solo centímetro al deportivo. La aparición de un camión que circulaba en sentido contrario obligó a María a

regresar a su carril con un brusco volantazo.

–¡Qué malnacido! –exclamó María–. Esto es lo único que nos faltaba.

La oportunidad había pasado y el camino se tornó de nuevo sinuoso. El deportivo circulaba ahora a veinte por hora, y así siguieron en los siguientes tres kilómetros, para exasperación de María. Entonces el deportivo redujo aún más la marcha. María, sin poder contenerse por más tiempo, redujo a primera y realizó una súbita maniobra de adelantamiento en mitad de una curva. El conductor del deportivo, tomado por sorpresa, giró de golpe a la izquierda invadiendo el carril contrario. Saltaron chispas cuando los dos vehículos chocaron. El final de la curva sorprendió a María, que no tuvo tiempo de cambiar de dirección, si bien consiguió evitar estrellarse contra un árbol cuando se salieron de la calzada e invadieron la tierra poblada de arbustos. El deportivo derrapó, dio una vuelta de campana y terminó por colisionar con un roble.

El conductor del deportivo salió por su propio pie. Tenía la cara cubierta de gruesos goterones de sangre que resbalaban desde las cejas, el labio partido, varias costillas rotas, quizá también algún hueso de los brazos, y un sentimiento general de dolor desde la cabeza hasta la punta del pie. Y, sin embargo, sonreía con desdén. Un conato de risa le provocó un intenso ataque de tos.

María y Héctor se quedaron petrificados nada más verlo salir del vehículo.

–¡Pedro! –exclamó María–. ¿Qué estás haciendo?

–¿Pensabas que te iba a dejar escapar con ese asesino?

–¿A quién pretendes engañar? –dijo Héctor–. A ti solo te mueve el deseo de venganza.

–Llámalo como quieras –contestó Pedro al tiempo que se sujetaba el pecho.

El estridente ulular de un coche policial rompió de pronto la tranquilidad del bosque. Tras aparcar el coche en la cuneta, dos policías uniformados salieron del mismo. Uno de ellos era larguirucho y de tez pálida. El segundo, fornido y barrigudo.

“Tierra, trágame”, pensó Héctor.

–Llamaré a una ambulancia –dijo el policía larguirucho.

–Será lo mejor. Así que haciendo carreras, ¿eh? Mire el resultado –dijo el segundo policía a Héctor.

–¿De qué está hablando?

–Alguien nos avisó de que un vehículo circulaba a gran velocidad, un utilitario cuya matrícula coincide con la de su coche. –El grisáceo bigote del hombre se arqueó en un gesto de extrañeza–. ¿No nos hemos visto antes? Me suena su cara.

–No lo creo –respondió Héctor, presto. Sintió un nudo en la garganta.

–Me han cerrado el paso y he perdido el control del vehículo –intervino Pedro de repente y con voz ahogada–. Ese hombre es un asesino, fugitivo de la justicia. Tiene que arrestarlos. –Comenzó a toser sin poder decir nada más.

María dio un paso al frente y se situó delante del policía.

–Escuche, agente –dijo–, era yo quien conducía, y le aseguro que no he superado los 60 kilómetros por hora. Ha sido este individuo quien nos ha enviado a la cuneta al intentar adelantarlo. Puede verlo por las marcas de las ruedas en el pavimento.

–¡Vaya! –resopló–, así que quieren hacerme trabajar. ¿Se conocían ustedes?

–Sí, por desgracia. Es mi exnovio, y ahora no me deja en paz. Es un mentiroso compulsivo. –Las lágrimas afloraron a sus ojos vidriosos.

–Lo que me faltaba: un crimen pasional.

–Mi padre es concejal en el ayuntamiento. No le va a gustar nada que nos detenga sin ningún motivo probado.

El policía reaccionó con un fruncimiento de cejas y una mueca de disgusto a las palabras de María, pronunciadas con suavidad pero con firmeza.

–Esperen aquí mientras compruebo su documentación e inspecciono las marcas de los neumáticos.

El agente se alejó. Mientras tanto, Pedro había agotado sus últimas fuerzas y yacía semiinconsciente, enroscado, hecho un ovillo. Unos minutos más tarde la ambulancia se lo había llevado, liberando a Héctor de su presencia diabólica.

Los dos policías regresaron de su inspección con parsimonia. Héctor tiritaba por efecto de los nervios. El hombre larguirucho les tendió sus documentos.

–Están en regla, y usted es efectivamente quien dice ser. Por otro lado, no están ebrios, y las marcas de los neumáticos no permiten corroborar la acusación del accidentado. Además, el deportivo del hombre accidentado ha

sido robado esta mañana de un concesionario.

El hombre calló y miró fijamente a Héctor, tratando de refrescar la memoria.

–Por tanto, y como tampoco tenemos prueba del exceso de velocidad, les vamos a dejar marchar –continuó el barrigudo–. Sin embargo, hay una investigación abierta, y deberán personarse mañana a mediodía en comisaría.

“Si todo va bien, no creo que pueda asistir”, pensó Héctor.

Héctor y María ya se habían perdido en la lejanía del bosque cuando el policía barrigudo lanzó una imprecación.

–¿Qué ocurre? –preguntó su compañero.

–Ya sé a quién me recordaba ese sujeto. Hace unos meses buscamos a su novia bajo la lluvia y un frío de perros, y luego resultó que era un bulo. ¿Lo recuerdas?

–Claro que lo recuerdo. ¡Qué tipejo! Héctor Valdés. Será mejor que nos aprendamos su nombre para nuestro siguiente encuentro.

–¿Has dicho Héctor Valdés? –respondió el barrigudo con voz alterada.

–Sí.

–Esta mañana ha llegado un fax de la inspectora Espinosa. Lo está buscando por asesinato. Ayer se fugó del hospital psiquiátrico.

–¡Mierda! Vamos tras ellos.

María y Héctor corrían por el estrecho sendero de tierra, un camino plagado de zarzas y ortigas que se les clavaban en las espinillas, poco protegidas tras los pantalones. Héctor sentía que le faltaba el aliento, que los pulmones le quemaban, pero no podía permitirse fallar ahora que su objetivo estaba tan cerca. María, al igual que en su anterior y nefasta carrera, trotaba con mayor facilidad, ventilando los pulmones rítmicamente y sin esfuerzo. Sin embargo, su semblante inexpresivo ocultaba un profundo sentimiento de temor y desazón, un miedo del que no conseguía desprenderse y que contradecía el ágil movimiento de sus piernas, que la conducían a un destino incierto.

Héctor se detuvo exhausto. Durante dos largos minutos permaneció encorvado, jadeando, tratando de recuperar el aliento perdido, martirizado por la taquicardia de su desbocado corazón. Finalmente se recuperó de su momentáneo mareo, y la niebla se disipó ante sus ojos. Allí estaban,

imponentes, los dos altos pinos, marcando la frontera entre la dicha y la desdicha.

–Es aquí. Hemos llegado –dijo.

Un fuerte viento arreció de pronto, provocando que las ramas se agitaran con violencia. Héctor lo interpretó como una invitación a cruzar el umbral. Un escalofrío recorrió su cuerpo. El momento crucial había llegado, y ahora dudaba. Las palabras se habían congelado en sus labios, y tan solo era capaz de comunicarse con María a través de crípticos ademanes que ella difícilmente comprendería.

María sonreía. Era una sonrisa que transmitía incompreensión, sorpresa y miedo entremezclados. Pensó que Héctor estaba realmente loco, y que había conseguido engañar a Jaime y a ella misma con habilidad, que ese era el momento en que extraería el estilete oculto, la navaja con la que iba a zurcirla a cuchilladas como ya había hecho antes, que ella era sin duda su siguiente víctima. Pensó en correr, en huir. Él no podría alcanzarla. Pero el terror la mantenía clavada al suelo y le impedía moverse. O, quizá, ella misma estuviera tan loca de seguir creyendo en él, en que había una verdad oculta, en que la inspectora se equivocaba.

–Voy a pasar –dijo Héctor finalmente.

“¿A dónde?”, se dijo María.

–Si te lo digo, no me vas a creer –respondió Héctor a la pregunta no formulada–. Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Héctor extrajo un sobre del bolsillo y se lo tendió a María, quien dio un paso instintivo hacia atrás.

–Cuando atraviese el umbral, no entenderás lo que está pasando. He escrito en una hoja lo que soy incapaz de decirte, la explicación de todo este embrollo. –La voz de Héctor se apagaba–. Cuando desaparezca, ábrelo, por favor. Y llévaselo después a Jaime.

María agarró el sobre con mano temblorosa. Su mirada gélida había desaparecido, siendo sustituida por dos ojos llorosos que dudaban entre sentir miedo o lástima, indignación o sorpresa. Héctor se acercó y la abrazó antes de que María pudiera reaccionar.

–¡Adiós! No sé si volveremos a vernos, pero espero que me comprendas y me perdones.

Tras un tenso minuto, Héctor la soltó y avanzó sin mirar atrás y con paso decidido hacia los dos pinos. Se detuvo en el umbral, echó una última

mirada a María y comenzó a traspasar aquella puerta imaginaria con lentitud, como si estuviera tanteando el terreno en busca de trampas ocultas bajo la maleza.

Los dos vehículos llegaron al claro del bosque casi al unísono. El primero de ellos, un todoterreno azul de cristales tintados, frenó en seco sobre la tierra, dejando a su paso dos profundas estrías. Un hombre rechoncho de pelo cobrizo y una mujer de melena rojiza saltaron del mismo con premura, como si el mundo dependiera de sus actos, del éxito de la empresa que se disponían a acometer. La mujer, en cuyas facciones se dibujaba la fría y calculadora determinación de un predador, extrajo su pistola automática, cambió el cargador de munición y la amartilló con calma engañosa.

El segundo vehículo policial se detuvo a escasos centímetros del todoterreno. Sus puertas se abrieron y liberaron a dos agentes del orden, uno de ellos larguirucho, el segundo barrigudo. Este último inspeccionó el claro con premura en busca de huellas frescas. Enseguida encontró el rastro, unas pisadas en la tierra que conducían a un sendero. Entre las zarzas halló jirones de tela rasgada.

–Seda de su falda, sin duda –murmuró con indolencia.

–Este camino lo conocemos bien –dijo el larguirucho–. Lo recorrimos varias veces cuando estuvimos buscando a la novia de aquel tipo bajo la lluvia.

–Sí. Nos llevó al lugar donde la vio por última vez, o eso dijo, ya que en realidad todo era una burda mentira.

–¿A qué esperamos? –gruñó Martínez–. Se nos va a enfriar la cena en Los Gallegos.

Andrea lo miró con hastío mal disimulado. Martínez desvió la mirada y se encaminó hacia el sendero, furioso, deseando que terminara la absurda persecución. ¿Qué le importaba a él la suerte de aquel tipejo? Pero si lo ayudaba a conseguir la cita de sus sueños, bienvenido fuera.

Un viento inclemente y racheado se levantó de pronto, dificultando el paso de los cuatro policías. Las ramas se agitaban con vehemencia, susurraban palabras de protesta, pronunciaban aullidos de advertencia. Airados remolinos de polvo surgieron súbitamente, anegando el aire de millares de partículas que les dificultaban la respiración y borrraban las marcas del sendero. Se diría que

la naturaleza actuaba en contra de las fuerzas del orden.

Héctor se paró tras recorrer con exasperante lentitud dos escasos metros. Se detuvo jadeante, a pesar del escaso esfuerzo realizado. Nada parecía haber cambiado. No hacía más frío ni más calor. Creyó reconocer las mismas hojas amarillentas que había aplastado hacía unos segundos con sus pisadas, el mismo sol radiante sobre su cabeza, las mismas ramas en los pinos frondosos. Ni una sola nueva ramita, ni un solo brote, ni siquiera una nueva hoja. El mismo cuadro, el mismo paisaje. Nada había cambiado.

Lentamente, renuente y desconcertado, se dio la vuelta. Cerró los ojos. Los volvió a abrir, se los frotó. No podía ser. Era imposible. Y, sin embargo, lo quisiera o no, era la verdad. María seguía allí, mirándole, con los ojos abiertos como platos, pensando que estaba loco de remate. Cayó de rodillas y no pudo evitar romper a llorar como un niño.

–¡Es imposible! –bramó mientras golpeaba el suelo con los puños.

María estaba desconcertada. ¿Era pánico lo que sentía? ¿Compasión? ¿Amor? No lo sabía. Solo estaba segura de que había sido un error traerlo de vuelta al bosque. Se resistía a admitir que Héctor fuera un asesino, pero resultaba evidente que aquel lugar había sido escenario de un hecho traumático, un suceso que lo volvía loco.

–Será mejor que volvamos –dijo al fin.

–¡No!

Su grito fue tan vehemente que dejó helada a María de puro miedo.

–Dime. ¿No has notado nada extraño, nada anormal?

María tragó saliva. Sí, había notado algo, pero no le había dado importancia. Y aunque tampoco se la daba ahora, por lo menos tenía alguna respuesta disponible.

–En realidad, he sentido algo, como si por un segundo hubieras desaparecido. Un engaño de mi cerebro, sin duda.

Héctor se irguió como accionado por un resorte. La desolación se había tornado esperanza, la tristeza alegría, la furia emoción. Bordeó los dos pinos y regresó junto a María, a quien agarró con excesiva fuerza de las muñecas. Ella contuvo las lágrimas, sabiendo que debía seguirle la corriente, que su vida podía depender de un gesto, de una mirada.

–Voy a intentarlo de nuevo. Por favor, obsérvame con detenimiento,

que no se te escape ningún detalle.

Héctor la soltó y se dirigió de nuevo hacia el umbral, temblando como una hoja. María seguía allí, impertérrita, desperdiciando una y otra vez sus oportunidades de huir y poner tierra de por medio.

Lo observó mientras cruzaba la línea imaginaria, esta vez con un paso más ligero. Y, de repente, como por ensalmo, desapareció ante sus ojos.

Andrea fue la primera en verla a través de la cortina de polvo en suspensión. Había temido lo peor. Había sentido angustia al pensar que el retraso provocado por aquel viento insidioso, y por el que se habían desviado del camino un par de veces, hubiera sido fatal. La visión de encontrarse con María tendida sobre la hierba, agonizante, la mortificaba. Y no solo por lástima hacia aquella pobre chica (al fin y al cabo ella misma se lo había buscado), o por ver cumplido su deber policial, sino también, y sobre todo por eso, porque hubiera supuesto el abrupto final de su carrera, el punto y final a sus ambiciosos sueños. Con la chica a salvo, solo faltaba capturar a ese desgraciado y encerrarlo de por vida. Por primera vez en muchas horas, una sonrisa se esbozó en sus labios.

Los dos policías uniformados apartaron las últimas ramas del camino, y los cuatro se lanzaron en tropel hacia María. Andrea levantó la mano, dispuesta a disparar en cuanto ella se apartara y le dejara un blanco claro.

Héctor volvió a experimentar la misma sensación. Todo seguía en su sitio, hasta la última brizna de hierba. Se dio la vuelta despacio y con los ojos cerrados. Los fue abriendo poco a poco, con un temor reverencial. Finalmente, la imagen de María cobró cuerpo en su retina. Lo miraba boquiabierto, con una expresión de profundo asombro y sorpresa. Y eso significaba que algo extraordinario había ocurrido. Sintió que la esperanza renacía en su interior, que aún existía una pequeña probabilidad de recuperar su vida truncada.

—¿Qué ha ocurrido? —balbució al mismo tiempo que caminaba hacia ella.

—No lo sé. Es inexplicable.

—Inténtalo, por favor. —Tenía la boca seca, el pelo erizado, la piel de gallina.

–Al pasar entre los dos pinos, de repente...

Héctor la miraba expectante. Ambos se habían acercado. Apenas dos metros de tierra los separaban.

–Has desaparecido. –Héctor dio un salto de alegría–. Sin saber por qué me he puesto a contar y cuando he llegado al diez has reaparecido de la nada.

–¿No lo entiendes? Esto lo explica todo.

–¿De verdad? –dijo ella–. Ahora creo que estamos locos los dos.

–Escucha, de alguna forma, por algún extraño fenómeno, al atravesar el umbral el tiempo se ralentiza. Para ti han pasado diez segundos, pero para mí solo milésimas. –Tragó saliva–. Hace un año, cuando desaparecí, pasó exactamente lo mismo. Solo que entonces transcurrió un año entero antes de que yo reapareciera.

–Eso es completamente absurdo. ¿No pretenderás que me lo crea?

–Tú lo has visto. ¿Acaso no es suficiente para ti?

Héctor, crispado, había elevado de pronto el tono de voz.

–¿Quieres que repitamos el experimento? ¿Cuántas veces serían suficientes para ti? Correremos un gran riesgo.

–¿Qué quieres decir?

–¿Y si ahora en lugar de diez segundos vuelve a transcurrir un año? O peor, y si transcurren dos, o cien. ¿Cómo podemos saberlo?

Héctor dio un paso hacia María. En ese instante los cuatro policías se abrían paso entre la espesura.

–¡Alto! –gritó Andrea, blandiendo la pistola–. No te acerques a ella o te acribillo a tiros.

Lo hubiera hecho, de haber tenido un blanco claro. Pero María se encontraba demasiado cerca. Si la hería, su futuro estaría destrozado. En su paranoica carrera le pareció que algo brillaba en la mano de Héctor. Quizá, fue un espejismo, o quizá el destello de un anillo, pero Andrea interpretó que sostenía un cuchillo, que se disponía a asesinarla delante de sus narices. Con rápidas zancadas los alcanzó y se lanzó de un salto felino sobre Héctor. Ambos cayeron abrazados y rodaron por el suelo. María lanzó un angustiioso grito de terror. Los tres hombres que acompañaban a la inspectora se frenaron de golpe, petrificados, como si un ángel vengador los hubiera convertido en estatuas de piedra.

Se oyó un clic metálico al cerrarse las esposas alrededor de las muñecas de Héctor. Andrea fue la primera en levantarse. Buscó su pistola entre la hierba infructuosamente, pero no le importó, ya que sabía que podía controlar a aquel individuo sin necesidad de armas. Además, tenía cerca a sus compañeros.

–¡Martínez! –gritó–. Cógelo. Este asunto está terminado.

Sin embargo, Martínez no acudió a su llamada. Andrea miró a su alrededor. No había nadie más, excepto Héctor.

–¿Dónde estás, Martínez? Esto no tiene gracia –gritó encolerizada.

Nada más incorporarse, Héctor levantó la vista. Lo que vio no le gustó nada, y su primer deseo fue golpear a aquella maldita inspectora que lo había arruinado todo. Después se dejó caer, aplastado por la impotencia.

Andrea se dio cuenta de pronto de que anocheecía. En lugar del sol, del cual solo perduraba una débil estela rojiza tras el horizonte, el círculo lunar iluminaba tenuemente la incipiente noche. Sintió frío. Sintió miedo. Y, por primera vez, se sintió insegura y vulnerable.

–El ciclo lunar ha cambiado. ¿Se ha dado cuenta? –dijo Héctor.

–¡Ya basta! –gritó Andrea, que trataba de recobrar el dominio de la situación–. Levántese y camine. Lo llevaré a comisaría.

Héctor obedeció. ¿Qué importaba ya? Pensaba que nada podía ya sorprenderlo y, sin embargo, se quedó de piedra al darse cuenta de que los dos maléficos pinos ya no estaban. Los habían talado, se habían llevado los troncos, dejando tan solo dos pequeños tocones en su lugar.

Andrea empujó al detenido en dirección al sendero. Solo que este ya no existía, se había evaporado junto a sus compañeros.

–¿Cómo es posible que nos hayamos extraviado? –masculló–. Da igual, encontraremos el camino y llegaremos al coche.

–No nos hemos extraviado. Y su vehículo hace tiempo que fue retirado de este lugar.

–Le advierto que no pienso tolerar más trucos. Y no intente hacerse el loco otra vez. Ni intente escaparse, se lo advierto.

Héctor decidió callarse. Era inútil explicarle la verdad a aquella terca mujer. Ya lo entendería por sí misma, si quería.

El comisario se levantó de su asiento ergonómico. Los datos de la pantalla situada en el antebrazo le indicaban que necesitaba descansar, y no iba a ser él quien quebrantara las órdenes de esa máquina prodigiosa. Si le decía que padecía arritmia, pues sería verdad. Así que se puso la chaqueta dispuesto a marcharse a casa, y ya se encontraba bajo la jamba de la puerta cuando un estridente pitido proveniente del intercomunicador truncó sus planes.

–Señor comisario –sonó una voz melodiosa, suave y armoniosa, aunque inhumana–, se requiere su presencia en el módulo A6.

–¿Con qué motivo? –preguntó disgustado.

–Parece que han detenido una par de locos, un hombre y una mujer.

–¿Y no pueden resolver eso sin mí?

–La mujer dice ser policía y requiere con insistencia hablar con usted.

–Está bien –gruñó.

Antes de salir miró el calendario iluminado sobre la pared. Los dos círculos rojos se aproximaban inexorablemente. “Quince días”, pensó embelesado. “Dentro de quince días los dos círculos convergerán y podré irme a casa. Ya no tendré que ocuparme de más locos ni criminales. Que otro pelele ocupe el cargo”.

Hacía tiempo que todo rastro de pelo había desaparecido de su cabeza. La calvicie había devorado incluso el antaño tupido bigote, que era algo más para él que su seña de identidad. Y con él había desaparecido cualquier rastro de buen humor de su mirada agria como el vinagre. Cada vez que se miraba en un espejo recordaba aquel día aciago, hacía ya muchos años, y por eso los evitaba como la peste. A pesar de los muchos años transcurridos, aquella cena nunca celebrada seguía torturándolo.

Avanzó lentamente por el pasillo, sin ganas, buscando alguna excusa para largarse a casa. Resignado a su suerte, se situó en el centro del círculo naranja y esperó a que los sensores analizaran sus parámetros biométricos. Se oyó un chasquido, tras el cual dos cristales curvos se deslizaron por rieles casi invisibles hasta formar una hermética cabina a su alrededor.

–Segundo sótano –gruñó.

El ascensor tardó pocos segundos en atravesar los veinte pisos que lo separaban de los calabozos. Cuando las paredes desaparecieron, el comisario se quedó de pie, sin moverse, pensando que aquel artefacto se deslizaba demasiado rápido, que necesitaba tiempo para sí mismo, para poder relajarse huyendo de la realidad.

Mientras recorría pasillos y más pasillos, mientras esperaba el permiso de las máquinas para pasar, mientras los implacables rayos desnudaban sus células y las fotografiaban, meditaba sobre la ironía en que se había convertido su vida. Sabía con certeza que los demás podían sentir admiración, envidia o incluso respeto hacia él. Pero no lástima. Profesionalmente había llegado muy lejos, mucho más de lo que nunca se propuso. Exteriormente parecía un ganador, alguien que había logrado el éxito. Su invariable mal humor era interpretado como una barrera artificial que él mismo había construido para ganarse el respeto y la obediencia de sus subordinados. Y, sin embargo, lo que nadie podía imaginarse era que vivía mortificado por el pasado, que aquel suceso aciago que lo había impulsado en su carrera profesional lo atormentaba constantemente. Y lo peor de todo es que no entendía por qué había sucedido. Por más que se había estrujado el cerebro no había encontrado ninguna explicación lógica con una mínima coherencia. ¡Cuántas veces había añorado su antigua despreocupación!

Llegó al final del laberinto de pasillos dispuesto a zanjar aquel molesto asunto cuanto antes. Franqueó la última barrera, y un guarda lo acompañó hasta la celda. Al ver de frente a la mujer, el corazón casi se le sale del pecho. Era tan parecida. No, era idéntica. ¿Sería su hija? ¿O es que la habían clonado? Pero eso era absurdo. La clonación estaba completamente prohibida.

–¿Quién es usted? He pedido hablar con el comisario –bramó la mujer en tono imperioso, como si fuera ella quien estuviera al mando.

Tenía su misma voz, el mismo carácter. Iba a volverse loco.

–Soy el comisario Martínez.

La mujer enmudeció. Escudriñó su rostro, los pliegues de su piel, su expresión socarrona a pesar del semblante adusto. Y, de repente, como un súbito fogonazo, supo quién era él, supo que Héctor decía la verdad, y comprendió que ella misma había arruinado su vida, que no llegaría a ser ya comisario.

FIN

Alicante, a 14 de enero de 2012

Agradecimientos

Dedico esta novela a mis padres, que tanto me dieron.

De todo corazón doy las gracias a mi mujer, Natalia, y a mis hijos, Alicia y Eduardo, por su apoyo y comprensión durante las incontables horas pegado al ordenador.

Gracias a mi hermana Pino, que me presta ayuda con mis dudas gramaticales.